

# La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 13 DE JULIO DE 1896

NÚM. 759



EL MINUÉ, cuadro de E. León Garrido (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

## SUMARIO

**Texto.** — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *La cúpula de la capilla de Carlos III*, por R. Balsa de la Vega. — *Lo hizo de gracia*, por Antonio de Valbuena. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Dos anónimos* (continuación). — *El batallón de voluntarios urbano de la Habana.*

**Grabados.** — *El minué*, cuadro de E. León Garrido. — *Casto Plasencia.* — *Madame Teresa, episodio de las guerras de la Revolución francesa*, cuadro de A. Ledru. — *Partida de la Virgen*, cuadro de E. Toudouze. — *Pesca abundante*, cuadro de P. M. Beyle. — *La ocasión hace al ladrón*, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau. — *Campaneros*, cuadro de E. Brispot. — *Gavota bretona*, cuadro de T. Deyrolle. — *Visita agradable*, cuadro de J. Cain. — *Dilettanti*, cuadro de G. Moreau de Tours. — *Luis XVI en la fiesta de la Federación*, cuadro de C. A. Coesin de la Fosse. — *San Fermín, obispo de Pamplona*, dibujo original de Mariano Barbasán. — *Episodio de la batalla de Kandahar*, cuadro de W. Skeoch Cumming. — *S. E. el cardenal D. Salvador Casañas.* — *S. A. R. el duque de Nemours.* — *Excmo. Sra. condesa de Buenavista.* — *D. Celestino Blanch.* — *D. N. Díaz.* — *D. Ramón Argüelles.* — *Don N. San Román.* — *D. Carlos Carrió.* — *Bendición de la bandera del batallón de voluntarios urbano de la Habana.* — *El pensamiento*, escultura de Gustavo Michel.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

China. — Su familia. — Culto á los muertos. — El infanticidio. — Condición de la mujer allí. — Esclavitud de este sexo en China. — El prehistórico matriarcado. — Cambio en las familias al promulgarse la legislación imperial. — Servidumbre femenil. — Contraste con el imperio absoluto último de una emperatriz en China. — Muerte reciente de esta emperatriz llamada Tsou-Hsi. — Desastres de su política. — Privanza del virrey Li-Hung-Chang. — Viaje por Europa del privado. — Reflexiones. — Conclusión.

Los muertos encuentran en la gente china un culto, á la verdad, religioso. Las familias más pobres guardan los nombres de sus antepasados, y con los nombres los hechos, en tablillas, mediante las cuales conocen su genealogía natural y toda la historia de los suyos. Duran los duelos años y años. Y es piadosa costumbre tener por lo menos el cadáver de su padre diez y siete meses al lado, cuidándolo como si, en vez de muerto, sólo estuviera enfermo. Al entrar en una casa, el mueble mejor con que topáis es el ataúd, apercebido y preparado de larga fecha para recibir y encerrar al jefe de la familia. Hijo hay que se vende por esclavo, tan sólo para comprar un rico ataúd á su padre. De aquí muchas otras costumbres, como esa propensión al infanticidio, verdaderamente criminal. Deshácense los padres con la mayor facilidad en toda China de sus pequeñuelos, si le resultan demasiado gravosos, coonestando tal proceder con su miseria y con la imposibilidad completa de sustentarlos. Algunos los exponen y los dejan á merced y arbitrio del acaso, pero muchos otros los matan. ¡Cuántas veces cogen al recién nacido y lo sumergen dentro de un cubo, ahogándolo en agua! Padres hay que, imposibilitados de dotar á sus hijas y no conformes con el temor de las desgracias que van anejas para las infelices al marro de un buen matrimonio, las matan, creyéndose á sí mismos los cuitados mucho mejores por razón de tal sacrificio que si las guardaran vivas en la exposición de un seguro deshonor y de una irremediable miseria. Todos los viajeros notan cómo supera en China el número de hombres al número de mujeres. Una parte de éstas perece al nacer por mandato de sus padres, los cuales se creen, allá en sus supersticiones, con derecho á darles muerte porque antes les dieran vida. Y eso que tienen una salida segura, la venta. En casi toda China, el servicio está en manos de mujeres. Y las mujeres que sirven, están en verdaderas condiciones de siervas.

La familia china se instituyó tres mil cuatrocientos sesenta y un años antes de Jesucristo, y fué su autor Fou-hi, quien reguló el matrimonio, combatiendo así la poligamia como la poliandria, es decir, la terrible promiscuidad, imperante por costumbre allá en edades prehistóricas. Y también se dice que había entre los chinos una institución, llamada el matriarcado. Con escribir su nombre se escribe la naturaleza de tal institución, que significa jefatura del sexo femenino en las familias. Antes de Fou-hi, cuentan las antiguas historias chinas, los hombres conocían á sus madres, pero desconocían á sus padres por completo. Esta revelación indica bien claramente la diferencia entre los tiempos de las familias constituídas y los tiempos en que los hombres se hallaban tan abajo por las gradas del mundo animal, que admitían para la difusión de su especie hábitos propios de las especies inferiores. Al constituir el Imperio la familia, constituylóla sobre bases imperiales; y como en estas bases no podía entrar una desconocida igualdad, quedó la mujer sujeta de suyo al hombre, cual quedó el hombre sujeto de suyo al emperador. Los proverbios chinos declaraban que así como la hembra del ave suele volar con su macho, la hembra del hombre debe vivir inseparablemente con su marido.

No le quedaba en aquella dura legislación al sexo débil ningún recurso: ni las instituciones ni las magistraturas lo defendían. El esposo puede proceder como quiera con su esposa. Y si procede mal, ésta debe dirigirse al cielo, invocar á los espíritus, refugiarse allá en sus capillas y en sus santuarios, hacer ofrendas, colgar exvotos, recurrir á sacrificios y librarlo todo en manos de la diosa misericordia, porque las leyes no tienen fórmula en su favor, ni la sociedad entrañas para ella, desde los días en que la entrega por casamiento á merced y arbitrio del marido. En los símbolos chinos, la mujer está representada por una teja y por un ladrillo, á causa de que á un ladrillo todo el mundo lo pisa y de que una teja se halla expuesta de suyo á las injurias de los elementos. Si el hombre piensa, la esposa debe ser afirmación de su pensamiento; si cree, áncora de su fe; si habla, eco de su palabra; si anda, sombra de su cuerpo; si reza, repetición de sus oraciones, y hasta si muere, muerta, porque no existiendo aquellas hogueras, en cuyo fuego solían las viudas indias desaparecer abrasadas, existen otros muchos medios de seguir hasta más allá del sepulcro y en los senos de la eternidad á su marido, emperador y dios, según las tradiciones y las costumbres chinas.

Todos sabemos que estas costumbres impiden á las chinas el salir de casa y el comunicarse frecuentemente, no sólo con la sociedad exterior, con el mundo exterior también. Por todo cuanto nosotros tenemos de orientales, guardamos frases y modos de decir cual este que sigue: «La mujer honrada, la piedad quebrada y en casa.» Y los chinos, para cumplir mejor con la supersticiosa creencia de que la mujer no puede á sí guardarse y necesita estar guardada por grande vigilancia, que oponga obstáculos materiales á su libertad, mutilan sus pies hasta reducirlas á triste inmovilidad, aunque sirvan oficios los cuales necesitan ó pidan agitación y movimiento. Lirio de oro llaman á las extremidades inferiores así mutiladas los que se dejan tiranizar en los pueblos orientales por la costumbre, cosa no extraña ciertamente para los tiranizados hoy mismo por la moda en los pueblos modernos. A la edad de seis años las pobres niñas ven el desarrollo de sus pies enteramente suspendidos por ligaduras que los aprietan de un modo extraordinario y que los disponen á manera de arco, estropeándolos y reduciéndolos á una terrible atrofia, mediante la cual ni pueden caminar rápidamente, ni estar de pie, ni sostener ningún peso, ni entregarse á ninguna faena, teniendo que servirse de los brazos como de un balancín para no caerse, y que sacudir su cuerpo en bruscos y contrarios movimientos que les dan aire de ave más ó menos herida, cuyas alas se arrastran por el suelo, y de vela más ó menos agitada por el marino viento. Dígase lo que se quiera en libros múltiples por los apologistas, que hoy el pueblo chino encuentra en todas las literaturas europeas, aquejadas de retrogradaciones extravagantes á lo pasado; si bien es cierto que la mujer toma parte muy activa en los oficios familiares, hasta el punto de no emprenderse trabajos manuales sin su concurso, ni celebrarse tampoco ceremonias religiosas sin su coparticipación, la inferioridad respecto del hombre por tal manera se patentiza, que vive y muere la infeliz en perpetua tutela, no asentándose á la mesa nunca jamás en los días solemnes y en las fiestas mayores, no mostrándose al huésped y al extraño, encerrada, como un instrumento de trabajo, en los almacenes, ó como un ave canora, en las jaulas, dentro de aquella parte del hogar que les pertenece, la más recóndita; cárcel, no santuario.

Dicho, recordado esto, paréceme bien añadir la causa y motivo que han ocasionado ahora mi dicho y mi recuerdo. Acaba de morir en Pekín una señora, que ha derogado por sí, para sí, en sí, estas leyes, y hecho singular excepción á estas costumbres, ejerciendo una tiranía, la cual, movida del miedo y escudada por la debilidad, ha superado en crueldades y en fuerzas á las tiranías más varoniles y poderosas. Refiérome á la emperatriz madre del emperador celeste, muerta el mes pasado. Simple comparsa de favoritas en harenes recatados y silenciosos, la belleza nativa que adornó su rostro le atrajo á los brazos, y la gracia indecible que adornó su alma le fijó á los pies el emperador celeste: cosa frecuentísima en la poligamia, que suele saciar los apetitos animales y despertar á esta inevitable saciedad afectos puros y vivos y singulares hacia una sola mujer en los corazones cariñosos. Durante todo el califato de Córdoba, la sultana favorita reluce como el califa, estrellas dobles de aquel cielo deslumbrante. Al oír el nombre de Sobeya diríais que huele á rosa la Historia cordobesa, y el aire canta como henchido por respuntes de guzlas melodiosísimas, y la poesía erótica del semita soñador y soñoliento abre sus alas, que penetran por las áureas celosías lo mismo en el harén de

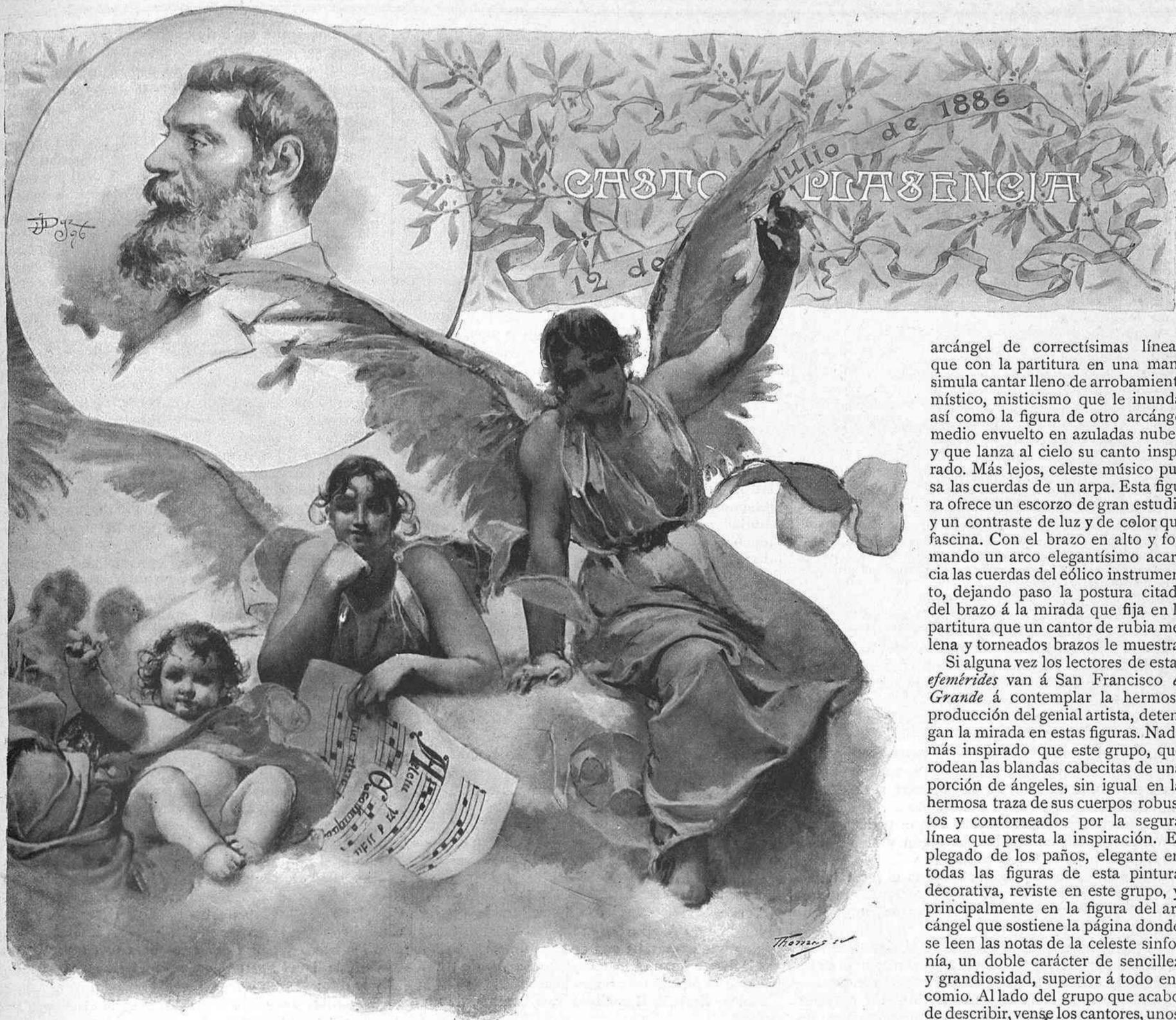
los amores que en el serrallo de los consejos. Una sultana favorita determinó las acciones más gloriosas del primer guerrero árabe, de Almanzor; y una sultana madre sostuvo como canéfora gigantesca el reino de los nazritas sobre su cabeza de maga en la triste desgracia de Boabdil.

Tsou-Hsi llamábase la emperatriz recién muerta. Tres generaciones de monarcas ha gobernado á su guisa la difunta, moviéndolos cual el titiritero en los teatros de títeres mueve á los obedientes polichinelas. Ese imperio, que llega desde Mongolia y Tartaria, en su inmensa extensión, hasta el mar Amarillo, se ha dejado gobernar por la débil mano de una pobre mujer. Influyente con su esposo, influyente con su hijo, no cumplió la máxima de Maquiavelo, que aconseja en sus apoteogmas políticos á los príncipes la retirada del trono, cuando muere aquel ó aquellos por cuyo gracioso favor ó cesión reinan y gobiernan. Muertos el esposo y el hijo de la emperatriz, recayó primero en su cuñado y después en su sobrino la corona china. El parentesco entre afines parece ocasionado á disturbios domésticos. Pues la emperatriz correinó con su cuñado, y cuando creyó que no la obedecía y acataba éste, lo puso en la calle, sin que chistara el destituido, y se alzó ella sola con la gobernación pública. O debían ser ellos muy débiles, ó debía ser ella muy fuerte, cuando reinó sobre su esposo primero, sobre su hijo después, más tarde sobre su cuñado, y lo que parece imposible, sobre su imperial sobrino, quien vivió resignado á parecer pupilo suyo, hasta hoy mismo, en que ha recogido su postrer aliento y encerrádola en su ataúd, reinando de nombre antes y por mera honra.

Francamente no tiene muchas razones el sobrino para estar obligado á su tutora. No fuera tan excelsa tía una Blanca de Castilla, ni una Isabel la Católica, ni una Isabel de Inglaterra, ni una María Teresa de Austria, ni una Catalina de Rusia: en su tiempo los moscovitas han ido sustituyendo á los tártaros, padres de la dinastía, por los linderos boreales del imperio; la Mongolia, con sus estepas heladas y sus tradiciones áureas, se ha ido desgajando poco á poco del celeste dominio que se imaginaba la cúpula de nuestro planeta; los títulos de propiedad suprema sobre Corea se han borrado con caliente sangre; se han visto los irruptores triunfantes entrar á cañonazos por tierra y mar en el golfo de Petchili, arteria principalísima de tan vasta región; las dos capitales, Mugden y Pekín, ésta capital política, y religiosa capital aquella, han estado amenazadas de asedio; la isla de Pescadores, marítima estación de primer orden, luce bandera del Japón, y no se ha librado China de terrible desmembración y quizás de segura muerte, sino recibiendo, con hierro candente sobre sus carnes vivas impreso, el clavo de la servidumbre que le ha puesto Rusia, y que si le conserva la existencia es á cambio del honor.

Voltaire decía que mandan las mujeres cuando reinan los hombres, y cuando reinan las mujeres mandan los hombres. El dueño de Pekín y sus numerosos dominios durante todo el reinado de la muerta fué un estadista, cuyo nombre, difícil de pronunciar, hay que aprender, como el nombre de Bismarck, ó de Crispi, ó de Gladstone, ó de Cánovas, en el europeo continente, por haber él determinado la política del continente asiático años y años, rigiendo de virrey, ó de vice-dios, el más vasto imperio de la tierra. Se llama el favorito Li-Hung-Chang, quien, después de asistir como figura impelida por mecánico movimiento á la coronación del czar, se pasea hoy por Berlín; se asienta muchas veces á la mesa del emperador, aunque no le ofrezca perro asado y nidos de golondrinas, siendo además, en esta misma hora, huésped festejado y atendido del glorioso Bismarck. Como supo dominar el ánimo de la emperatriz, nadie hoy atribuye á ésta las desgracias del imperio chino; todos se las atribuyen al privado. Los que imperan sobre los hombres desde tronos absolutos, acaban por odiar su propia grandeza ó autoridad, y gustan de cederlas á cualquier favorito, para declinar en sus espaldas la pesadumbre de los negocios, y en su nombre, por consiguiente, la responsabilidad. Así ahora, si el celeste continental imperio se ha dejado sobrepujar por los isleños japoneses y vencer en Manchuria y en Corea, en tierra y en mar, nadie pide cuentas á la emperatriz fallecida; todo el mundo se las pide á su torpe ó infeliz privado, creyendo iba éste á recibir el cordón de sus señores para inmediatamente ahorcarse, y maravillándose de que aún impere y prive. Pero nadie sabe qué hará el sobrino, libre de la insufrible tutela impuesta por su tía, predominando á este respecto, al respecto de la política imperial futura, un misterio tan espeso y obscuro como el que predomina en los reinos de la muerte.

Madrid, 7 de julio de 1896.



### LA CÚPULA DE LA CAPILLA DE CARLOS III

12 de julio de 1886

Celebrada pintura mural, existente en la capilla de Carlos III de San Francisco el Grande de Madrid

No fué la pintura mural, la gran pintura decorativa, rama del arte que cultivasen los pintores españoles de ningún tiempo. Excepciones, sin embargo, pueden señalarse, y entre esas excepciones está en primer término la del genial pintor aragonés Goya. Aparte de las ejecutadas en sus primeros tiempos, en Zaragoza, en compañía de Bayeu, las pinturas que de su mano avaloran la iglesia de San Antonio de la Florida, en esta corte, pueden considerarse (y así las considera la crítica) como conjunto maravilloso de escenas más ó menos religiosas, realizadas sobre los muros de la iglesia citada con tal brillantez de paleta, con tal brío de ejecución, con tal energía de traza, con tan feliz acierto en las agrupaciones, con tanta grandiosidad y con tanto carácter local, con tanto realismo, que bien puede asegurarse que esa obra portentosa resume todas las cualidades técnicas que, de haber existido, hubiesen brillado en la pintura mural española.

Pero como personalísima esa admirable obra, como espontánea manifestación de la personalidad de Goya, temperamento enérgico, carácter voluntarioso, afiliado en las nuevas ideas que del revolucionario enciclopedismo de Francia llegaban traducidas á nuestra patria, ideas encarnadas en su temperamento, español «hasta la medula de los huesos,» rebelde á toda imposición de escuela artística; á esa admirable obra del arte, repito, fáltale aquella enjundia ideal que le es como el alma al cuerpo, y que no por ser ideal deja de tener expresión en lo real. Quiero decir con esto, y hubiéralo dicho ya si supiera explicarme cual lo hacen los claros entendimientos, sin rodeos ni circunloquios, que á las pinturas de Goya (de las que ven-

go hablando), siendo místicas, fáltales misticismo; y si me atreviera, aún diría más: diría que á aquellas figuras les sobra sal y sandunga madrileñas; y si se quiere, de la de Maravillas y Lavapiés.

He aquí la razón por qué protesto de las afirmaciones que mi cariñoso amigo é ilustre maestro en estos achaques de crítica artística, Federico Balart, hizo algunos años ha en *El Imparcial*, al ocuparse en las pinturas y esculturas de San Francisco el Grande y refiriéndose á las de la cúpula de la capilla de Carlos III. Aseguraba el eminente crítico que las figuras pintadas por Plasencia son nietas de las pintadas por Goya. ¡Ah! Aun á trueque de que tilden de herejía lo que en este instante escribo, digo que entre las celestiales creaciones de Plasencia y las humanas (y tan humanas) de Goya existe la distancia que hay entre el cielo y la tierra. Plasencia, como dijo con feliz acierto Fernández Bremón, «ha volado por los cielos.»

\*\*

Pudiera titularse la hermosísima pintura que hoy me ocupa *El himno á la Virgen*. Representa un concierto celeste en el cual los músicos y los cantores son ángeles y arcángeles. En lo alto de la composición, rodeado de nubes de un tono suave y á la par luminoso, aparece un arcángel sosteniendo por encima de la áurea cabeza una cartela en la que se lee esta inscripción: *Tota pulchra est Maria*. Más abajo y frente al que sostiene la citada loa, motivo del soñado concierto, vese pulsando las teclas de un órgano otro arcángel de *albas vestiduras y níveas alas* que con la mirada en el espacio arranca melodiosas notas al religioso instrumento: notas que un grupo de hermosísimos ángeles, destacándose ya por obscuro, ya inundados de luz y dispuestos en atrevidísimos escorzos, elevan al trono de la Inmaculada. A la derecha del arcángel que toca el órgano, destácase otro

arcángel de correctísimas líneas, que con la partitura en una mano simula cantar lleno de arrobamiento místico, misticismo que le inunda, así como la figura de otro arcángel medio envuelto en azuladas nubes, y que lanza al cielo su canto inspirado. Más lejos, celeste músico pulsa las cuerdas de un arpa. Esta figura ofrece un escorzo de gran estudio y un contraste de luz y de color que fascina. Con el brazo en alto y formando un arco elegantísimo acaricia las cuerdas del éolico instrumento, dejando paso la postura citada del brazo á la mirada que fija en la partitura que un cantor de rubia melena y torneados brazos le muestra.

Si alguna vez los lectores de estas efemérides van á San Francisco el Grande á contemplar la hermosa producción del genial artista, detengan la mirada en estas figuras. Nada más inspirado que este grupo, que rodean las blandas cabecitas de una porción de ángeles, sin igual en la hermosa traza de sus cuerpos robustos y contorneados por la segura línea que presta la inspiración. El plegado de los paños, elegante en todas las figuras de esta pintura decorativa, reviste en este grupo, y principalmente en la figura del arcángel que sostiene la página donde se leen las notas de la celeste sinfonía, un doble carácter de sencillez y grandiosidad, superior á todo encomio. Al lado del grupo que acabo de describir, vense los cantores, unos que elevan los ojos al cielo; otros que mueven dulcemente los labios,

como para emitir la nota que la ebúrnea garganta modula; coros de ángeles, de graciosas posiciones y sonrientes cabecitas, causan admiración por la sencillez con que están agrupados; otros de músicos completan la composición de esta colosal obra.

Comenzárala á esbozar el maestro en el invierno de 1885, pues aun cuando en el boceto del cuadro central de la capilla, cuadro que representa á Carlos III recibiendo de manos de la Virgen las insignias de la orden, aparecía una pequeña parte de la composición, es lo cierto que la totalidad de ésta la vimos trazar, como acabo de decir, en el invierno citado cuantos éramos sus amigos y discípulos. En la primavera de aquel mismo año Plasencia tanteó en la cúpula con los cartones á la vista la vasta composición, pero no hubo de dibujarla decisivamente hasta los comienzos del invierno siguiente y después de haber sido preparada al efecto la superficie de la media naranja.

Recuerdo un detalle, que él solo dice más de la actividad febril con que el maestro realizaba sus grandes pinturas, una vez resueltas todas las dificultades de composición, distribución de la luz, etc., que cuanto se pudiera decir; ese detalle es el siguiente: en el primer día en el cual puso mano en la paleta para cubrir de color aquella superficie de más de ciento cuarenta metros cuadrados, empleó, solamente de blanco, arropa y pico. Para cuantos saben la técnica de la pintura, seguramente que lo dicho les causará el asombro que nos causó á todos los que desde los andamios contemplábamos al artista.

En poco más de siete meses dió Plasencia por terminada su obra; y el día 12 de julio de 1886 recogió su paleta, *la veterana*, como él la llamaba, porque le había servido para pintar cuanto produjera desde su venida de Roma. Al día siguiente salía para Muros de Pravia, como tenía por costumbre todos los veranos.

«El arte contemporáneo español - dice un crítico y biógrafo de Plasencia refiriéndose a esta admirable pintura - ha dado una muestra irrecusable de gigante vitalidad.» «Contemplando esta obra - exclama el reputado escritor José de Siles - diríase que la capilla no tiene techo, sino que, realmente, la vida del cielo se ve por allí, en el espacio.» Por su parte el notabilísimo literato Ortega Munilla exclama: «Es un prodigio de pensamiento, de dibujo, de color... Aquella orquesta de ángeles está sonando siempre con el eterno acorde del color.» «Composición encantadora, poética verdaderamente inspirada - escribe Martínez de Velasco... - Cinco años ha durado el trabajo de Plasencia en San Francisco, y se cree, al contemplar esa obra, que ni por un momento se ha ofuscado en tan largo período de tiempo la inspiración del artista.»

Y aquí termino esta *efeméride*, digna de ser contada como una de las más interesantes de la pintura española del siglo actual, puesto que recuerda la revelación esplendorosa de la pintura mural nuestra y la de un genio que todavía no ha sido sustituido.

R. Balsa de la Vega

### LO HIZO DE GRACIA

Del todo borracho nunca solía estar Lorencín, pero a medios pelos estaba casi siempre.

Y bueno es advertir que si no llegaba a estar completamente borracho, no era porque no bebiera todos los días lo suficiente para ponerse hecho una uva, sino porque, según decían sus amigos y compañeros de borrascas, hacía mucho vino.

Es decir, que podía beber mucho sin que se le conociera y muchísimo sin embriagarse del todo, pues con la cantidad de vino con que otro cualquiera caía ó por lo menos daba veinticinco traspiés por minuto, él se quedaba tan campante.

Su oficio de herrero..., porque han de saber ustedes que Lorencín, ó el *Gato Chico*, como llamaban también a Lorenzo García, era el herrero de Vegamián, para servir á ustedes, y tenía la fragua al otro lado del río, junto al camino real, entre la ermita de San Antonio y el mesón de Servando...

Su oficio de herrero decía él que pedía mucho vino, porque entre el calor del fogón y el ejercicio de machacar ¡daban una sed!.

Y sed de vino precisamente, pues el agua había él observado que, teniendo la propiedad de endurecer el hierro, tenía también, por el contrario, la propiedad de ablandar al hombre.

- No es broma, añadía Lorencín si alguno se reía de su observación, no creáis que es broma: el agua endurece el hierro caliente y el acero; por eso meto yo todos los días á chapuzar ahí en el río, después de bien caldeadas, las rejas y las herramientas de corte, y cogen temple, vamos, que salen mucho más duras que antes de calentarlas. Pero esa misma agua del Porma que así endurece los hierros calientes, á los hombres acalorados y sofocados por el trabajo los hace ablandar de una manera increíble. Lo sé por experiencia: el día que por casualidad, por desgraciada casualidad, no bebo yo vino al comer de mediodía, sino que bebo agua, á media tarde ya no puedo con el martillo.

Con estas teorías y con la vecindad de la taberna de Servando, que estaba á quince pasos de la fragua, frente por frente, no hay que decir si Lorencín empujaría el codo bien á menudo.

Que iba un vecino á hacer una reja nueva..., pues en concluyéndola había que bautizarla.

Que iba otro vecino á calzar otra reja ya muy gastada..., pues para que pegara bien la calzadura era necesario humedecerla un poco en la taberna, después de templada en el río...

Que iba otro á rebocar una hacha..., pues para dar suavidad al corte era bueno rociarle con vino, no fuera á saltar al primer hachazo...

Que llegaba un arriero asturiano y tenía que herir el rocín..., pues terminada la operación había que mojar las herraduras...

Que pasaba por el camino un conocido y se paraba á saludar á Lorenzo y trababan conversación..., pues había que mojar las palabras...

Seguramente no sabría Lorencín aquellos versos de otro aficionado al vino, que dicen:

*Si bene commemini, sunt quinque cause bibendi:  
hospitis adventus, sitis presens, atque futura,  
et vini bonitas, et qualibet alia causa (1).*

Pero aunque no conociera estos versos, practica-  
ba escrupulosamente la doctrina contenida en ellos,

(1) Si mal no recuerdo, son cinco los motivos que hay para beber: la llegada de un huésped, la sed presente, la sed futura, la bondad del vino, y cualquier otro motivo...

porque en cualquier cosa encontraba ocasión y motivo para ir á la taberna.

Como estaba allí tan á mano...

Esta vecindad de la taberna tenía un valor tan grande á los ojos de Lorencín, que no cambiaba él la fragua de Vegamián por ninguna otra.

Ya se le habían hecho proposiciones de traslado á otros varios pueblos del contorno, mejorándole la contrata; pero Lorencín las había rechazado todas como tentaciones del enemigo, porque no creía posible encontrar otra fragua mejor situada; pues las que él había visto, era verdad que todas solían tener el agua cerca, para hacer con comodidad los temples, pero ninguna tenía tan cerca el vino.

Una vez yendo yo para León, cuando era estudiante, iba oyendo choclear una herradura del caballo, y me acerqué á la fragua de Lorencín para que la clavara de nuevo. Como durante la operación sacara él su conversación favorita hablando de lo cerca que estaba la taberna de Servando, le recité yo la famosa redondilla de Baltasar de Alcázar:

«Por cierto que es rica mina  
la taberna de Alcocer.  
¡Grande consuelo es tener  
la taberna por vecina!»

- Eso he dicho yo siempre, exclamó Lorencín entusiasmado, dejando caer el pujavante con que estaba igualando el casco; eso decía yo, aunque no había oído nunca ese cantar tan gracioso, que no quiero que se me olvide...

Y diciendo esto, entró corriendo en la fragua, se dirigió al extremo de la derecha, donde había una tabla que á modo de andana de alacena pendía horizontalmente de dos charranchas clavadas á un tirante, trajo de allí su libro de cuentas con forro de badana y un tintero de cuerno, y desatornillando éste y sacando de la puntiaguda tapa una pluma de pavo, hincó una rodilla en el suelo y dió manos á escribir sobre la otra.

- ¿Qué va usted á hacer?, le pregunté yo algo contrariado por el retardo que sufría la operación de clavar la herradura.

- A copiar aquí la cuarteta, me contestó, si usted me hace la gracia de repetirla.

- ¿Quiere usted que se la escriba yo?, le dije.

- Si usted quiere tomarse esa mo'estia, es mejor, repuso, y yo seguiré herrando.

- Sí, mejor es, le dije yo cogiéndole los chismes de escribir.

Y mientras él clavaba la herradura le escribí la redondilla de Alcázar en el libro, á lo bajero de una página que empezaba con estos apuntes:

«Débeme Juan el Cuco tres ochavos, de tres alañas que le puse á una madreña.»

«Idem Petra la Remellona dos cuartos, de un arquillo.»

«Pagóme Agapito el Cojo la mitad de la azuela que le hice el año pasado.»

«Débeme Agustinín dos reales, de calzar una azadilla, poniendo yo el hierro...»

Lorencín aprendió luego la redondilla de memoria y se pasaba el día canturreándola con acompañamiento del triquitraque del fuelle y al compás del martillo.

Mas para eso la refundió primero, acomodándola á las circunstancias.

Porque Servando, el mesonero de Vegamián, no se llamaba de apellido Alcocer, y por consiguiente no era propio llamar *taberna de Alcocer* á su establecimiento; pero Servando era asturiano, del concejo de Aller, y esto dió pie al herrero para refundir la redondilla en esta forma:

Es una preciosa mina  
la taberna del de Aller:  
¡Grande consuelo es tener  
la taberna por vecina!

Los lunes por la mañana solía tener Lorencín más trabajo que de ordinario, porque pasaban los arrieros asturianos para el mercado de Boñar, y casi siempre tenía que poner herraduras.

Una mañana llegaba á la puerta de la fragua Juanón, el de Caleao, con un rocín cargado de cerezas, y decía:

- ¡Gatu!.. ¿Pues (1) ferrar?

- Pregunta si quiero, *Xuanón*, contestaba Lorenzo; porque si puedo y no quiero, ¿qué adelantas, borrico?

- Querer *sélu* (2) yo que quieres siempre servir á los amigos, decía el asturiano. ¡Estaría *gienu* que non quisieres!.. *Pes* (3) si non *ferras* á *Xuanón*, ¿á quién *has ferrar, hom!*..

- Al rocín, majadero, al rocín, contestaba Loren-

(1) Puedes.

(2) Lo sé.

(3) Pues.

zo, que siempre estaba de buen humor y siempre con gana de bromas.

Mientras Lorencín conservó con la afición al vino la afición al trabajo, las cosas no iban mal; porque como herrero era Lorencín un gran herrero, de mucha disposición y de mucho aguante, y ganaba para todo: para pagar puntualmente los cuartillos y las medias y aun las azumbres á Servando, y para que su mujer y sus hijos (porque Lorencín estaba casado como Dios manda) no carecieran de cosa alguna.

Pero andando el tiempo quiso el diablo, Dios nos libre de él, que con la afición al vino se le complicara á Lorencín la afición al juego.

Y entonces, en lugar de ir de cuando en cuando á la taberna, espetarse su cuartillo ó su media azumbre y volverse á machacar, dió en pasarse en el mesón jugando á la brisca la mayor parte del tiempo que debía pasar trabajando en la fragua.

Por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, hízose muy amigo de un rabadán de merinas de la marquesa de Mirva, llamado Pericón, borrasquero perpetuo y taberneador impenitente, que apenas asomaba á la majada en todo el verano.

En cuanto Lorencín y Pericón se sentaban á jugar á la brisca y á beber mano á mano, ya no se sabía cuándo se habían de levantar... Primero jugaban un cuartillo, después media, después una azumbre, después las cabras...; en fin, que aquello era la vida perdurable, y había semanas en que pasaban los seis días sin que se abriera la fragua tres veces.

Y es claro, como dice un refrán, molino parado no gana maquila, y según dice otro, donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón; y como Lorencín estaba todo el día parado y no ganaba jornal, y como no ganaba y gastaba, llegó pronto al hondón de sus ahorros, y aún más abajo, á las deudas...

Cuando mandaba á Servando sacar vino, le decía éste por vía de advertencia:

- Débesme lo de ayer, Lorenzo.

- Apunta, contestaba el herrero.

Al día siguiente, cuando volvía éste á pedir vino, volvía á advertirle Servando:

- Débesme lo de ayer y lo de anteayer...

- Apunta, volvía á contestar Lorenzo inalterable.

Y con el apunta... y apunta..., Lorencín mandando apuntar y Servando obedeciendo y apuntando, llegó á haber en el libro de caja del mesón, á cargo y bajo el nombre de Lorenzo el herrero, una letanía de cuartillos, azumbres y medias azumbres, mucho más larga que la de Nuestra Señora.

No se le hacía ya todo bueno á Servando, y una tarde en que Lorencín estaba jugando á la brisca con un aceitero y pedía por su cuenta una azumbre de vino, le llamó aparte, para no meterle en vergüenza, y le dijo:

- Mira, Lorenzo, por esta ya pase, porque está armada, y no quiero que quedes mal; pero desde mañana, si no vas pagándome algo de lo atrasado, no te vuelvo á dar gota. Ya lo sabes.

- ¿Tienes miedo á perderlo, sarnosuco?, le contestó Lorencín haciéndose el enfadado por la advertencia. Pues has de saber que sólo en herramientas del oficio, sin contar otras cosas y sin contar lo que me deben á mí, tengo yo para responder de mucho más que del valor del vino, del de la taberna y del del tabernero, fuera el alma.

Servando se achicó un poco ante la arrogancia del herrero y no volvió á inquietarle lo menos en una semana.

Pero después, ya porque temiera para sí un mal resultado, ya porque se lastimara de la mujer de Lorenzo, la cual por bajo de cuerda le suplicaba que no diera vino fiado á su marido, lo cierto es que el mesonero volvió á cuadrarse.

- No te doy ni otro cuartillo fiado, Lorenzo, mientras no me pagues lo de atrás, le dijo un día muy formalmente, aunque me lo pidas de rodillas.

Lorencín quiso de nuevo hacerse el enfadado, pero esta treta ya no surtió efecto, porque Servando se mantuvo firme.

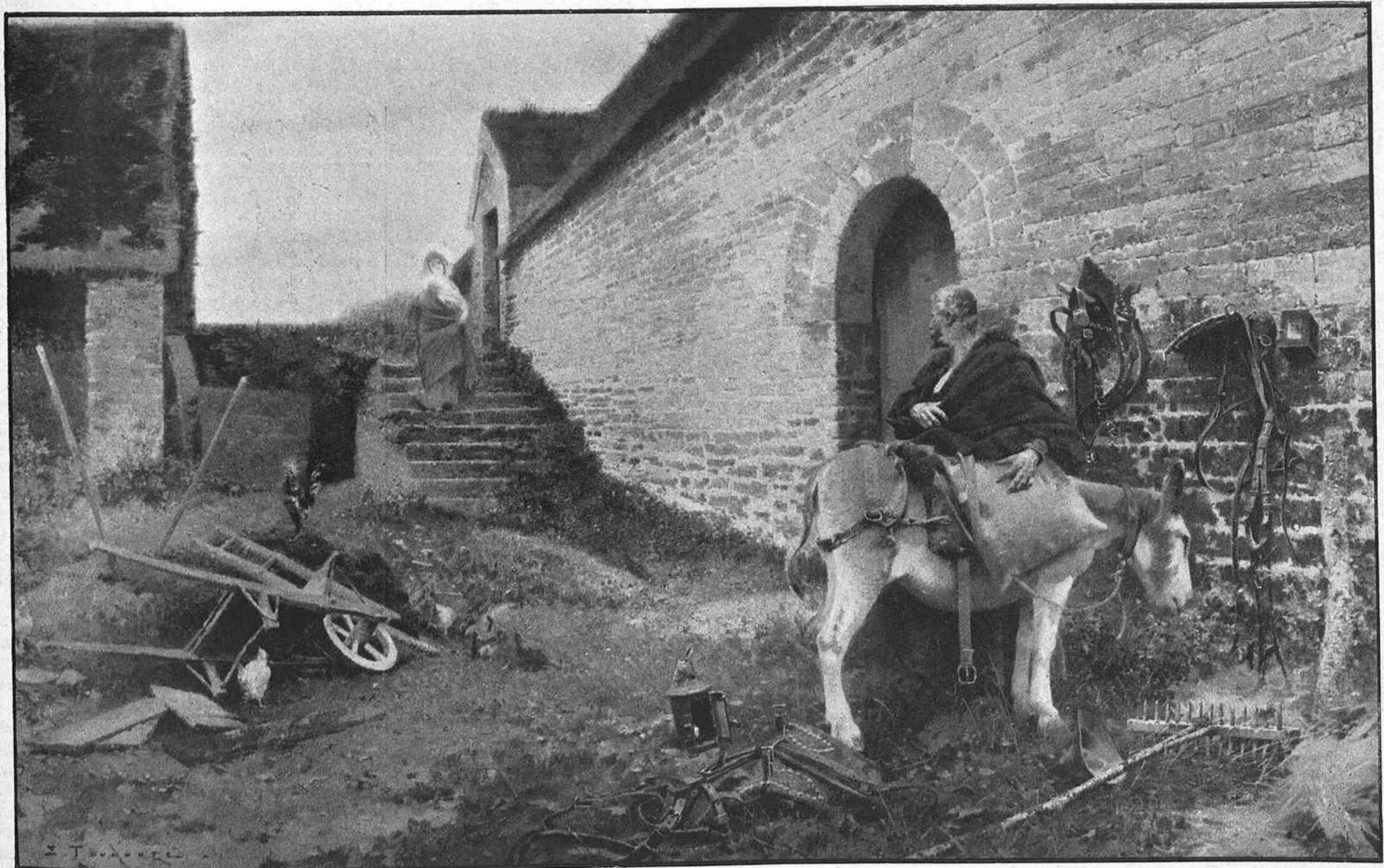
El herrero entonces se volvió á buenas con el tabernero y le dijo:

- Escucha, Servando; yo conozco que por un lado casi tienes razón para no fiarme, porque te voy ya debiendo desde muy atrás, y como suelen decir, cuentas largas, barajas nuevas... Pero si ahora no te pago porque no tengo dinero, bien sabes que tengo habilidad para ganarlo... Y por otro aquel, voluntad de pagar tampoco me falta, y no de todos los deudores podrás decir otro tanto... Y quiere decirse que, si Dios me da salud, en cuanto se acabe el verano, y se marchen las merinas, y dejen de venir por aquí Pericón y los demás que me suelen entretener, me pondré á trabajar con codicia y empezarán á llover en la fragua pesetas y duros y te lo pagaré todo cuarto sobre cuarto... ¿Qué más quieres?



MADAME TERESA, episodio de las guerras de la Revolución francesa, cuadro de Alberto Ledru

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



PARTIDA DE LA VIRGEN, cuadro de Eduardo Toudouze

(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



PESCA ABUNDANTE, cuadro de P. M. Beyle  
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

— La verdad es..., le contestó Servando, que era un bobalías y se había dejado ablandar por la arenga; la verdad es que no dejás de ponerte en razón, Lorenzo, y yo tampoco quiero ser tirano..., y casi no se le puede pedir más á un hombre...

— Pues más quiero yo hacer aunque no lo pidas, le interrumpió Lorenzo; quiero que ajustemos la cuenta, porque, como suele decirse, cuenta ajustada es media paga. Que resulta que te debo tanto ó cuanto; pues te hago un papel quedando por ello, porque somos mortales, y...

— Bueno, dijo Servando: vamos á ajustar la cuenta.

Y trayendo su libro de apuntes, le abrió por donde tenía de registro un papel de fumar que decía *el erero*, que era donde comenzaba la lista de las medidas de vino consumidas por Lorencín, y con intervención de éste dió principio al recuento.

Cuartillo aquí, azumbre allá, media más allá, resultaron de la suma de las cinco llanas del libro que ocupaba la cuenta de Lorencín, treinta y cuatro azumbres y tres cuartillos, que al precio corriente de seis cuartos el cuartillo ó veinticuatro la azumbre, daban un total importe de *noventa y ocho reales y cuatro maravedises*, salvo error de pluma ó suma.

— Para no andar con picos, dijo Lorenzo al enterarse del resultado: saca otros tres cuartillos por esos diez y seis cuartos que faltan para los cinco duros redondos, nos lo bebemos en amor y compañía, y te deberé cien reales justos.

Hízose lo que propuso Lorencín, y cuando acabaron de beber el vino, dijo Servando:

— Ahora, si te parece, haremos el documento.

— Bueno, contestó Lorencín: hazle tú á tu gusto, aunque sea ahí en el mismo libro, yo te le firmaré, y... en paz.

— Tanto como en paz, replicó tímidamente Servando...

— En paz y debiéndote cinco duros, quiero decir, repuso Lorenzo.

Con lo cual, tranquilizado el mesonero, comenzó á escribir el recibo en esta forma:

«De claro yo Lorenzo García, deo ficio ere Roque soi endeber á micon vecino Servando Muñiz lacan tidad de cien riales de bellon devino con sumido ensu estableci miento la misma que meo bligo á pagar lepa el día de San Miguel de Setiembre deste año, y pa raque coste lo firmo en Veja miá nacinco dea gosto de 18...»

Cuando el mesonero acabó de escribir, alargó el libro y la pluma á Lorenzo para que firmara. El herrero puso debajo

de lo escrito su nombre y apellido, al parecer, y terminando con un garabato caprichoso, volvió el libro á Servando que le cerró y le guardó muy satisfecho.

Pasó el día de San Miguel de septiembre y pasaron otros muchos días y otros muchos meses y hasta algún año, sin que Lorencín se acordara de pagar á Servando los cien reales ni éste se atreviera á pedirselos.

Lo que hacía Lorencín, eso sí, era pagar al corriente el vino que iba consumiendo después de la cuenta, con lo cual Servando se daba por bien servido, creyendo que lo atrasado lo tenía seguro.

Pero sucedió que un vecino ligero de cascos, por no sé qué cuestión que tuvo con los demás, determinó vengarse, y sacando matrícula para vender vino al por menor, puso otra taberna en una chabola de tablas al lado del mesón del pueblo, que era el que tenía en renta Servando, con lo cual esta renta había de disminuir ó desaparecer del todo.

Para hacer parroquia comenzó el tabernero nuevo por traer mejor vino que el otro y ponerlo un cuarto más barato; y como Lorencín fué el primero que se enteró de ambas circunstancias, fué naturalmente su primer parroquiano.

Y no fué esto lo peor para la buena amistad de Servando y Lorencín, sino que éste, no contento con marcharse él á la taberna nueva, la recomendaba á todos sus amigos y á cualquier pasajero que por herrar ó por cualquier otro motivo se acercaba á la fragua...

Ya sospechaba Servando, al notar la disminución de su clientela, que andaría en ello la mano de Lorencín; pero un día le cogió *in fraganti* ladeando á unos arrieros que se dirigían al mesón y embocándolos en la chabola.

Servando no se pudo contener, y rompió el fuego contra el herrero con estas palabras:

— ¿Sabes lo que te digo, Lorencín?.. Que tienes muy poca vergüenza.

— ¡Quién habla, que la casa honró!, le replicó Lorencín riendo.

— Mejor te fuera pagarme lo que me debes, añadió el mesonero cada vez más enfadado.

— A quien nada se le debe, con nada se le paga, contestó el *Gato Chico*.

— ¿Cómo que no me debes nada?..

— Como que nada te debo..

— ¿Tendrás valor para negar que me debes cien reales?..

— Valor se necesita para afirmar, no debiéndote ni un maravedí.

— Bueno. Ya me lo dirás delante del juez.

— Cuando quieras.

Y el mesonero, dando por terminado el diálogo, se fué inmediatamente á casa de D. Patricio, un escribano viejo que por aprovecharlo todo hacía de secretario del juzgado de paz, á contarle lo que le pasaba con el herrero y tratar de poner el asunto en demanda.

— ¿Pero tienes recibo?, le preguntó el escribano.

— Sí, señor; en el mismo libro de caja mío, contestó el mesonero, tiene confesada la deuda, con su firma debajo.

— Pues entonces bien seguro está. Demándale cuando te dé la gana, que esto no tiene vuelta.

Todavía, después que se le pasó el enojo, volvió Servando á brindar con la paz al herrero.

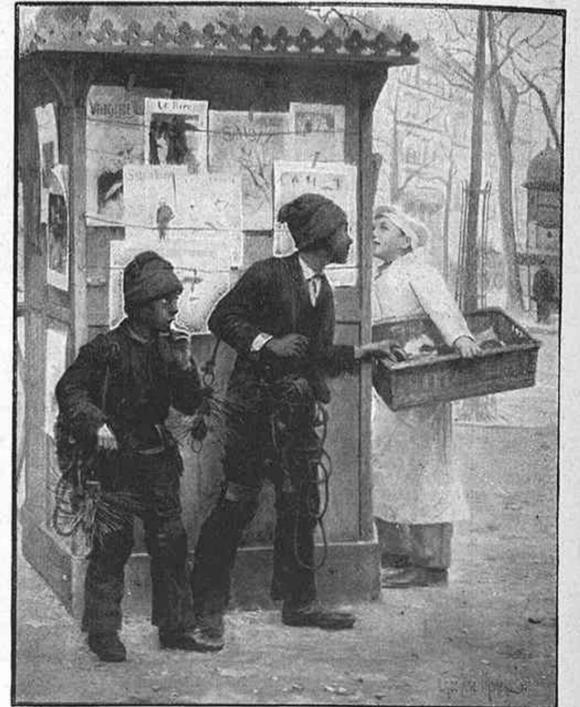
— Mira, Lorenzo, le dijo, págame buenamente los cinco duros y no des lugar á la demanda... Mira que al pájaro que le dicen ox, no le quieren matar, y yo tampoco quiero hacerte costas...

— Ya te he dicho que no te debo nada, le contestó Lorenzo desabridamente; con lo cual el mesonero no tuvo más remedio que entablar el juicio.

Cinco ó seis días después hallábanse los dos ante el juzgado de paz, y D. Perjuicio, como llamaban en el contorno á D. Patricio el escribano, comenzaba á extender la comparecencia.

«En el lugar de Vegamián, á diez y ocho días del mes de marzo..., etc., comparecen: de una parte, como denunciante, Servando Muñiz, de esta vecindad, casado, mesonero, y de la otra, como demandado, Lorenzo García, alias el *Gato Chico*.»

— Pero hombre, preguntó á Lorenzo el marrullero del escribano levantando la plu-



LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN, cuadro de Chocarne-Moreau  
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



CAMPANEROS, cuadro de Enrique Brispot  
(Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

NUESTROS GRABADOS



GAVOTA BRETONA, cuadro de Teófilo Deyrolle (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

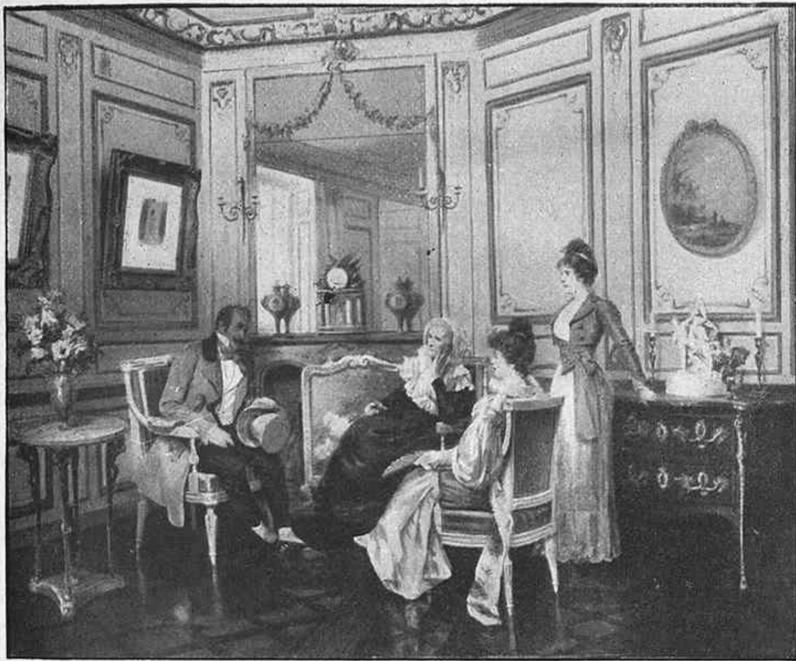
Salón de los Campos Elíseos de París. 1896. - Continuando la publicación de las obras más notables que figuraron en el último Salón de los Campos Elíseos de París, reproducimos en este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA algunos cuadros de los que más han llamado la atención en aquel certamen.

*El minué*, cuadro de E. León Garrido. - Nuestros bailes alegres y bulliciosos no han podido reemplazar el minué, esa danza digna y graciosa á que se entregaban nuestros abuelos con la misma pasión y con menos riesgo para su salud con que sus nietos se lanzan al vals y á la mazurca. Aunque en distintas ocasiones se ha tratado de resucitarlo, lo cierto es que el minué ha pasado á la categoría de recuerdo; pero es un recuerdo grato de la exquisita distinción de los pasados tiempos, de una danza aristocrática, propia de reyes, que permitía lucir todos los esplendores del traje y todas las seducciones de las actitudes nobles. Dígalo, si no, la lindísima figura del cuadro de León Garrido, figura encantadora bajo todos conceptos, ricamente ataviada, modelo de elegancia y muestra elocuente de lo que debieron ser en otros días las fiestas cuyo principal atractivo para la gente joven era el ceremonioso baile que sirve de título á la composición.

*Madame Teresa*, cuadro de Alberto Ledru. - El autor de este cuadro se ha inspirado en un episodio de las guerras de la Revolución francesa, tomándolo de una de las novelas patrióticas más populares en Francia que lleva el mismo título que el lienzo. La Alsacia es el baluarte de aquella nación, y cuanto á la Alsacia interesa apasiona á nuestros vecinos del Norte: de aquí que haya sido muy celebrada la obra de Ledru, que reproduce un hecho de la heroica y eterna lucha entre la Galia y la Germania, y que, por otra parte, reúne excelentes cualidades desde el punto de vista técnico. A los franceses les entusiasma, y con razón, que el arte les diga una y otra vez cuán grandes fueron los soldados de aquella revolución, que hicieron, por decirlo así, la Europa moderna.

*Partida de la Virgen*, cuadro de Eduardo Toudouze. - Nuestro siglo, que llevaba trazas de terminar en medio del más lamentable escepticismo, ha visto renacer tardíamente la fe cristiana. Los asuntos bíblicos, abandonados ó poco menos desde la época del romanticismo, vuelven á estar en predicamento, y no es sólo la fe la que ha realizado este cambio, sino que á ello ha contribuido en buena parte la afición á los asuntos poéticos. Pocos ofrece la humanidad más bellos, más llenos de poesía y más conmovedores que los que se relacionan con la historia de la Virgen y de su santísimo esposo. M. Toudouze, que nos presenta á la Sagrada Familia haciendo sus preparativos para la huida á Egipto, sin descuidar el tema principal, ha dado preferencia en su lienzo al elemento rústico pintoresco, comprendiendo, sin duda, que á pesar de todo, éste es el que en primer término impresiona la imaginación de las gentes de hoy en día, más inclinadas á los atractivos de la decoración que al fondo de las cosas.

ma y dejando de escribir, ¿por qué os llaman á vosotros *los gatos?*.. A ti, el *Gato Chico*; á tu hermano Vicente, el que está en Revero, el *Gato Grande*; al otro, *Pepé*



VISITA AGRADABLE, cuadro de Jorge Cain (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)



DILETTANTI, cuadro de G. Moreau de Tours (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

el *Gato*..., y á tu padre también le llamaban así... ¿Por qué os llaman *los gatos?*.. - Yo no lo sé, Sr. D. Patricio, le contestó Lorencín con aparente humildad: á punto fijo no lo sé: le oí á mi padre que era porque descendíamos de un escribano...

El escribano se mordió el labio inferior y siguió escribiendo.

Cuando concluyó el encabezamiento y tocó alegar á las partes, Servando puso su libro sobre la mesa, abierto por donde estaba la cuenta, y dijo:

- Ahí está bien patente la deuda confesada por el demandado con su firma.

- ¿Qué dices á esto, Lorencín?, le preguntó el juez, que era un buen hombre, como lastimándose de que hubiera dado lugar al juicio sin tener razón ninguna para excusarse del pago.

- Que no debo nada, señor juez, contestó resueltamente Lorencín; porque aunque es verdad que tuve con él alguna cuenta de vino, después de ajustarla me lo perdonó todo, por que siguiera llevándole arrieros á su taberna; me dijo que me lo hacía de gracia, y así se hizo constar en su libro de apuntes, donde no será verdad que esté mi firma reconociendo la deuda...

(Extrañeza en el tribunal.)

El demandado continuó respondiendo al juez:

- No dirá ahí Lorenzo García: lo que dirá es que lo hizo de gracia, que es lo que yo puse, porque así era verdad y él mismo me mandó que lo pusiera...

El juez, el escribano y el demandante se precipitaron al mismo tiempo sobre el libro; y efectivamente, lo que habían creído firma de Lorencín, donde ellos habían creído leer Lorenzo García, lo que se leía era: *Loizo de Gracia*.

*Pesca abundante*, cuadro de P. M. Beyle. - La pesca ha sido buena; las lanchas han regresado cargadas de pescado; las mujeres de los pescadores han acudido á la playa para ver



LUIS XVI EN LA FIESTA DE LA FEDERACIÓN, cuadro de C. A. Coesin de la Fosse (Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

ANTONIO DE VALBUENA



SAN FERMIN, obispo de Pamplona, dibujo original de Mariano Barbasán



EPISODIO DE LA BATALLA DE KANDAHAR, cuadro de W. Skeoch Cumming

(Exposición de la Real Academia Escocesa. 1896)

desembarcar lo que constituye el pan para su familia. ¡Con qué alegría llenan sus cestos con los más exquisitos productos del mar, que serán enviados a la capital para servir de regalo en las mesas de los ricos! El sibirismo de los *gourmets* es la causa de su bienestar; el lujo ajeno es el alivio de su propia miseria. Beyle ha reproducido un asunto cien veces tratado, pero su pincel ha sabido encontrar notas nuevas para esta escena de la vida marítima.

*Campaneros*, cuadro de Enrique Brispot. — La sencillez de la composición y la sobriedad con que está ejecutado no amenguan en nada el efecto que produce el cuadro de Brispot: ar-



S. E. EL CARDENAL D. SALVADOR CASAÑAS

tista de gran valía, el distinguido pintor francés no necesita apelar a recursos llamativos para impresionar gratamente al espectador. La naturalidad con que están dispuestas aquellas tres figuras, cuyos esfuerzos al tirar de las cuerdas fácilmente se adivinan, y la severidad de las líneas del templo que en parte se descubre desde la galería en donde los campaneros



S. A. R. EL DUQUE DE NEMOURS, fallecido en Versailles en 26 de junio último

trabajan, son la mejor prueba de que el talento verdadero sabe sacar gran partido de los asuntos al parecer más triviales.

*La ocasión hace al ladrón*, cuadro de P. C. Chocarne-Moreau. — Resistir a las tentaciones es una de las virtudes más difíciles. ¡Cuántos que por virtuosos son tenidos y que de serlo dan pruebas, quizás pecarían si el demonio les tentara a tiempo por aquel de sus sentidos en que más flaquearon! Al fin y al cabo somos hombres, y los que demostraron verdadera resistencia a las seducciones han merecido el dictado y la consideración de santos. ¿Qué mejor prueba de lo fácil que es incurrir en pecado que otorgar la cantidad al que supo luchar y vencer al eterno enemigo? Interrogad a los dos deshollinadores del cuadro de Chocarne-Moreau, y os dirán que nunca habrían pensado en apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero... ¡se pusieron tan a su alcance las golosinas que en el cesto lleva el embobado pinche! ¿Cómo no aprovechar la ocasión de averiguar a qué sabían aquellas cosas que tal vez en su vida no volverían a catar? Lo que el autor de este lienzo supone en uno de los bulevares de París, ha sucedido de fijo mil veces en todas partes; todos hemos podido presenciar escenas análogas y estamos por lo mismo en condiciones de admirar el talento de observación del pintor francés y la verdad de la expresión de cada uno de los tres personajes del cuadro.

*Gavota bretona*, cuadro de Teófilo Deyrolle. — Los artistas que se dedican a pintar las actuales costumbres populares de un país ó región hacen una obra meritoria, pues conservan para el porvenir datos interesantísimos que de otro modo difícilmente podrían obtenerse, porque todo lo que tiene carácter puramente local tiende con rapidez suma a desaparecer, arrollado por la potente influencia de los grandes centros de población. Por esto merece elogios el pintor francés Deyrolle, que al trasladar a un lienzo la danza típica de los bretones ha perpetuado un uso y unos trajes seculares que pronto pasarán a la categoría de los recuerdos históricos. Si a esto se añade que el cuadro que nos ocupa está admirablemente pintado y que la escena por lo natural parece sorprendida por un aparato fotográfico, se comprenderán los aplausos que la crítica francesa ha tributado a esta obra.

*Visita agradable*, cuadro de Jorge Cain. — Si digno de encomio es conservar para los que han de venir el recuerdo de las actuales costumbres, no es menos agradable a los ojos de los que hoy vivimos ver reproducidas las de nuestros antepa-

sados. Escenas como el interior que con tanta maestría ha pintado Jorge Cain, recrean nuestra vista y en ellas se goza nuestro espíritu comparando la sencillez, la tranquilidad, la vida íntima del primer tercio de nuestro siglo, con la agitación y la existencia accidentada de nuestros días.

*Luis XVI en la fiesta de la Federación*, cuadro de A. Coessin de la Fosse. — El desdichado monarca que pagó con su vida errores y culpas, más que suyos, de sus predecesores y de sus ministros, descendió poco a poco todos los escalones de la decadencia, siendo testigo y actor de todos los movimientos populares, de todas las ceremonias que paulatinamente iban consagrando la ruina de la monarquía. La fiesta de la Federación fué la unión entusiasta de todo un pueblo contra la autoridad real, y sin embargo Luis XVI visitó en persona los formidables trabajos de aquella fiesta improvisada, como víctima resignada a quien una fuerza irresistible empuja hacia el lugar del sacrificio. Coessin de la Fosse, que en otros cuadros, entre ellos *La fiesta de la divina Razón*, que publicamos en el número 601 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, había demostrado conocer a fondo el período revolucionario, ha justificado una vez más con el que nos ocupa el estudio profundo que ha hecho de los principales episodios de aquella época decisiva en la historia moderna.

*Dilettanti*, cuadro de G. Moreau de Tours. — Estamos en presencia de un coro de familia que ensaya la ejecución de una pieza difícil; cada cual desempeña su parte, hasta los mismos niños, y todos cantan con tanta convicción, que es de suponer que sus esfuerzos no se malograrán y que a ellos corresponderá el mejor éxito. Antiguamente se decía que entre los que habían cantado juntos subsistía siempre cierta comunión de almas, idea que en el fondo encierra mayor verdad de la que parece. Moreau de Tours, uno de los más reputados pintores franceses contemporáneos, ha agrupado de una manera bellísima aquella colección de figuras, las ha colocado con admirable naturalidad y ha sabido imprimir en cada una tanta verdad en la expresión, que nos parece oír el conjunto de voces que de sus bocas se escapan, y casi podríamos, sin esforzarnos mucho, adivinar la intensidad de las notas que emiten y las inflexiones que al canto imprimen en el momento en que el artista nos presenta al grupo de cantantes.

*San Fermín obispo, patrono de Pamplona*, dibujo original de Mariano Barbasán. — A partir del día 7 del corriente celebra Pamplona sus tradicionales fiestas, dedicadas a su patrono San Fermín. Las solemnidades religiosas, en las que los pamploneses dan testimonio de su fervoroso culto al que fué uno de sus santos prelados, corridas de toros, fuegos artificiales y otras diversiones y espectáculos de carácter popular, constituyen el programa de los festejos, en los que siempre toma parte el eminente violinista Sarasate, quien no titubea en emprender, desde el extranjero suelo, largo viaje, para rendir esta prueba de su veneración al santo obispo y de cariño a su ciudad natal.

Una capilla levantada en el mismo sitio en que existió la casa del que fué discípulo de San Saturnino evoca el recuerdo del mártir cristiano, del apóstol y del prelado irunense. En ella consérvase, desde 1186, una cruz-relicario de oro, que contiene reliquias de la cabeza de San Fermín, dádiva que obtuvo el obispo Pedro, del de Amiens, quien instituyó la fiesta que sin interrupción celebra la capital de Navarra, «dotando con renta particular al cabildo para tal objeto, por ser el bienaventurado mártir nacido de padres de Pamplona y ordenado obispo de ella.»

Al buen gusto é ilustración del distinguido pintor Mariano Barbasán debemos el bonito dibujo que reproducimos, destinado a conmemorar la fiesta de San Fermín, inspirado en elementos artísticos de la época en que se recibieron en Pamplona sus sagrados restos.

*Episodio de la batalla de Kandahar*, cuadro de W. Skeoch Cumming. — Todos los pueblos tienen gran empeño en ver reproducidos en el lienzo los hechos memorables de su historia, especialmente sus victorias militares, y así no es de extrañar que en todos haya artistas que con mayor ó menor fortuna se dedican a este género. Como todos los demás, el pueblo inglés sigue esta tendencia, y en cuadros y en grabados perpetúa el recuerdo de sus grandes victorias. El cuadro que en este número publicamos reproduce un episodio de las luchas de Inglaterra en el Afganistán, episodio eminentemente dramático, trazado con una valentía que revela la mano del maestro y justifica el éxito que obtuvo la obra en la última exposición celebrada en Londres por la Real Academia Escocesa.

*S. E. el cardenal D. Salvador Casañas*. — Barcelona se ha honrado estos últimos días con la presencia del cardenal Casañas, de uno de sus hijos más ilustres que desde el estado más humilde ha sido elevado por sus propios méritos a la altísima dignidad de príncipe de la Iglesia. Huérfano a la edad de seis años, fué acogido en la Casa de Infantes huérfanos de esta ciudad, de donde salió para ingresar en el Seminario, siendo durante la época de sus estudios admirado por su talento y sus ejemplares virtudes. El primer cargo importante que desempeñó en su carrera eclesiástica fué el economato de la parroquia de Santa María del Pino, que ejerció hasta 1876, fecha en que S. S. el Papa Pío IX le nombró canónigo, dignidad de chantre de nuestra catedral. Nombrado obispo de Urgel, la soberanía de Andorra dióle ocasión a demostrar que si como prelado merecía veneración por su sabiduría y su virtud, como político debía ser admirado por el tacto y la energía con que en alguna ocasión memorable supo defender los tradicionales derechos que sobre aquella minúscula república tiene la sede urgellense. S. S. el Papa León XIII le ha elevado recientemente al cardenalato, premiando de esta suerte dignamente sus méritos excepcionales y sus extraordinarias virtudes. El cardenal Casañas es además hábil polemista y elocuente orador parlamentario y sagrado: sus artículos, sus pastorales, sus discursos en el Senado y sus sermones son modelos cada uno en su género y en todos ellos se admiran la solidez científica, la profundidad de conceptos y la claridad de estilo. Barcelona ha solemnizado con grandes festejos la visita del nuevo purpurado, y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al honrar sus columnas con el retrato de S. E., asóciase de todo corazón al homenaje de cariño y de respeto que el pueblo barcelonés ha tributado al cardenal Casañas.

*El duque de Nemours*. — A la edad de 81 años ha fallecido recientemente en Versailles el hijo segundo de Luis Felipe, que comenzó su carrera militar combatiendo valerosa-

mente en Africa desde 1836 a 1841, campaña por la que fué promovido a general de división. Desde la abdicación de su padre en 1848 hasta el fin del Imperio vivió en Inglaterra, y al regresar a Francia hizo vida muy retirada, consagrándose a las obras de caridad. Su muerte ha sido muy sentida, y toda la prensa, casi sin distinción, se ha ocupado con elogio del príncipe que en distintas ocasiones derramó su sangre por la patria y que dedicó buena parte de su existencia al alivio de las desdichas de sus semejantes.

*El pensamiento*, escultura de Gustavo Michel. — Esta obra, que el jurado del último Salón de los Campos Elíseos de París ha juzgado digna de la medalla de honor, no es completamente inédita, pues el modelo en yeso, adquirido por el Estado, había sido anteriormente expuesto en el mismo Salón. Pero el mármol que reproduce nuestro grabado da todo su valor a la escultura. Representa ésta en proporciones colosales a una matrona de la escuela clásica y es notable por la armonía de líneas, por la nobleza y serenidad del rostro, por la disposición hábil del ropaje y por la colocación ingeniosa de los diversos atributos simbólicos destinados a completar y hacer más inteligible la alegoría. La gravedad de la expresión



EXCMA. SRA. CONDESA DE BURNAVISTA, representante de S. M. en el acto de la bendición de la bandera del batallón de voluntarios urbano de la Habana. (De fotografía de los Sres. Otero y Colominas, de la Habana. — Véase el artículo de la página 495).

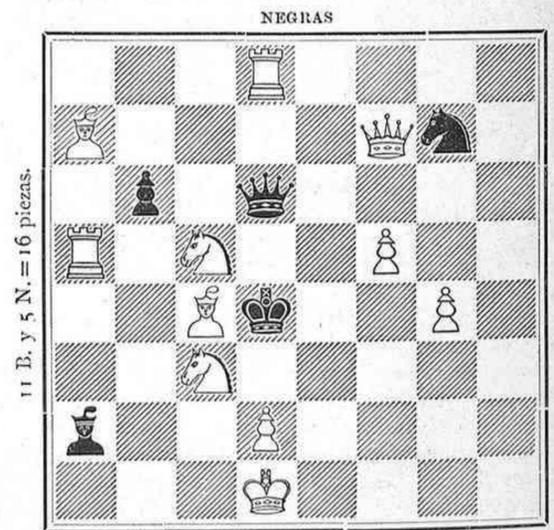
mézclase con cierta melancolía y parece justificar la divisa inscrita en un cartón que traduce el conocido precepto *ars longa vita brevis*. La recompensa otorgada a M. Michel corona la carrera fecunda de un artista, célebre hace más de veinte años, y esto que en la actualidad apenas ha pasado de los cuarenta. Discípulo de Jouffroy, M. Michel vió premiada con una segunda medalla en 1875 su estatua *Hebé*. Sus principales obras son: *La paz*, *Circe*, *El amor victorioso*, *La fortuna arrancándose la venda* (medalla de oro en la Exposición Universal de 1889), *Paz y trabajo*, escultura decorativa para el palacio de Artes liberales; *¡Acuérdate!*, homenaje a la Alsacia, y otras.

MISCELÁNEA

*Teatros. — Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Voluntad*, comedia en tres actos del Sr. Pérez Galdós, y *El estigma*, drama en tres actos del Sr. Echegaray, que representaron admirablemente la Sra. Guerrero y los señores Díaz de Mendoza y García Ortega; en el Lírico *Velay*, comedia en tres actos de D. Leopoldo Cano, y en el Tivoli *El gaitero* y *La rueda de la fortuna*, zarzuelas en un acto, de los Sres. Perrín y Palacios la primera y del Sr. Hermoso la segunda, con música ambas del maestro Fernández Caballero. En el Lírico se ha celebrado el beneficio del Sr. Mario, quien pudo convencerse una vez más con este motivo de cuánto le estima y admira nuestro público. Con el nombre de Nuevo Retiro se ha inaugurado recientemente un teatro de verano en el que funciona una compañía de ópera muy aceptable.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 27, POR VALENTÍN MARÍN (Primer premio del tercer concurso del Chess Monthly.)



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 26, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. DcR
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. D, A ó C mate.



Acercóse lentamente á Soledad, que al verla llegar se puso en pie

## DOS ANÓNIMOS

NOVELA ORIGINAL DE FLORENCIO MORENO GODINO, ILUSTRADA POR JOSÉ CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Se acordó de que en el *restaurant* del cercano café de Platerías no solía haber mucha gente, y determinó comer allí. De allí al viaducto la distancia era corta.

Fué, pues, al susodicho *restaurant* y pidió un cubierto de tres pesetas. Comió solo sin fijarse en lo que comía: su pensamiento estaba en otras partes: volaba entre dos puntos cardinales: María y la eternidad. Pidió á los postres una copa de Jerez y un cigarro, y encendiendo éste, se salió al café á tomarle. Quería ver por última vez hombres, mujeres y niños: á la humanidad de que iba á separarse. Compró *El Liberal* y leyó la hoja literaria. Cuando hubo concluido, mientras observaba distraídamente la abigarrada concurrencia que en aquel café se reúne, vió entrar á un ciego y á un chico que pedían limosna. Entonces se le ocurrió una idea. Reservándose para pagar el café (en el *restaurant* ya lo había hecho), le quedaban nueve reales de caudal; llamó al ciego y se los dió. Al ver dos monedas de plata entre cuartos, al lazarillo se le encandilaron los ojos, y al ciego, que no las vió, porque era un ciego auténtico, pero que las conoció por el tacto, le temblaron las manos de alegría.

Espronceda, al desembarcar en Lisboa, arrojó al Tajo tres únicas pesetas que tenía, *por no entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero*. ¿Qué mucho que Felicio no quisiera presentarse con tan mezquino peculio en la *Ciudad de Dios*?

Cuando el reloj del café señaló las diez y media, el joven pagó y salió á la calle. La niebla se había hecho más densa, los transeúntes casi se tropezaban unos con otros: parecíanse á los átomos vivientes y condenados, que se chocan en el rayo de sombra del infierno de Ferdusi.

Felicio echó á andar por la calle Mayor abajo. Quizá durante aquella fatigosa jornada había sentido instantes de vacilación en su propósito suicida; pero en aquel momento su espíritu, su carne y sus nervios

estaban firmes. Al llegar frente al pretil de los Consejos se detuvo, vió que no pasaba nadie, sacó del bolsillo el retrato de María, le contempló á la luz de un farol velado por la niebla, besóle apasionadamente y le hizo menudos pedazos. Luego se asomó á la barandilla del pretil, y arrojó aquellos restos de su pasión á una fuente que hay debajo: no quería que fuesen pisados.

En la entrada del viaducto volvió á detenerse: érale preciso sortear la vigilancia de los guardias de seguridad. ¡Pobres guardias! ¡Expuestos al sol con todos sus rayos y al invierno con todos sus rigores!

Felicio se aproximó al principio de la verja y miró hacia las afueras de Madrid que presentaban un panorama difuso y casi fantástico. Con las ondulaciones de la niebla movida por un ligero viento, los objetos parecían vacilantes. El joven poeta percibió espejismos extraños en su imaginación sobrecitada. En el campo el aire debía ser más fuerte y tendía á disipar la niebla, ayudado por la luz de la luna que había entrado en su cuarto descendente; de modo que aquella, deshecha en enormes girones, ofrecía á trechos masas oscuras y movibles semejantes á limax gigantes que se compenetraban luchando. Los faroles del puente de Segovia y del camino de Carabanchel parecían estrellas rojas caídas de lo alto. Víanse trozos del río como bocas de cavernas de plata.

Felicio, alucinado, contemplaba todo aquello. Pero era preciso volver á la realidad; es decir, á la muerte.

No había ningún vigilante en el extremo del viaducto. En el centro, Felicio creyó percibir bultos que se movían; pero no era necesario llegar tan allá para encontrar altura suficiente donde *volar hacia abajo*, como él había pensado. Creyó oportuno el momento, adelantó algunos pasos, se detuvo, y alzando la vista al cielo, exclamó como otro poeta al morir: «¡Creo en Dios!»

Luego, con un movimiento rápido, se encaramó á la verja poniendo el pie en el hierro horizontal en que primitivamente terminaba. Se empinó haciendo fuerza con las manos, y ya asomaba la cabeza al otro lado, cuando sintió que le tiraban del remate del gabán y luego unas manos que le asían de las piernas.

### II

Al designar á Soledad para retiro campestre el cortijo de San Rafael en las inmediaciones de Córdoba, no había exagerado el marqués de Criptana calificándole de precioso. Lo es en efecto, no el cortijo, que no tiene nada de particular, sino el campo en que está situado, á una legua corta de la ciudad, entre ésta y las primeras estribaciones de la sierra. Aunque su verdadero nombre es el de cortijo de San Rafael, las gentes de los pueblos y caseríos inmediatos le designan más frecuentemente con los de cortijo de la Torre, ó bien cortijo de la Cigüeña, porque la parte del edificio destinado á casa de cría y de labor tiene un palomar redondo muy alto, en cuyo remate chato hace una cigüeña su nido todos los años; y es de observar la amigable vecindad de las palomas entrando y saliendo por las troneras, y los zancudos habitantes del piso superior.

El cortijo forma un extenso cuadrilongo. Hacia la parte de Córdoba está situada la casa de labor, compuesta de varios cuerpos de edificio, los más de un solo piso, y algunos con dos. Tiene varios compartimientos y corrales para gallinas, conejos, ánades, ovejas y cerdos, dos cuadras con plazas para cuarenta caballerías, cobertizos para leña y productos agrícolas y finalmente cuanto es necesario al objeto que se le destina. De uno y otro lado de la casa de labor arranca una tapia no muy alta que va á unirse á otro cuerpo de edificio, situado en la parte opuesta, y al que por su aspecto puede llamarse quinta ó casa de recreo. Es grande, tiene dos pisos, techumbre de te-

jas finas y pararrayos. Su fachada principal y su única puerta dan al interior de la cerca del cortijo. Delante de la puerta se extiende una plazoleta enarenada, é inmediatamente después un jardín extenso y frondoso, cerrado por una barandilla de madera pintada de verde. Entre el jardín y la casa de labor media un espacio, especie de corral grande, que los separa. Tres de las cuatro fachadas de la quinta están fuera del cercado del cortijo, y sin duda por esto y para mayor seguridad las ventanas del piso bajo tienen gruesas rejas salientes.

En las tapias que forman el cercado, próximas á la plazoleta, hay dos puertas: una pequeña, al lado derecho, y otra enfrente, muy grande, para dar acceso á carruajes. La quinta está siempre cuidadosamente revocada de yeso, y las ventanas de ambos pisos pintadas de flamante verde. Era la morada predilecta de la marquesa viuda de Criptana, que murió allí, y su hijo puso especial cuidado en la conservación de aquel edificio. La arquitectura de éste es sencilla, pero presenta un aspecto risueño, por una circunstancia verdaderamente fenomenal. El campo cordobés no es notable por sus vides, y sin embargo en todo el terreno en que se asienta el cortijo de San Rafael crece la vid de una manera prodigiosa: diríase que amadriadas invisibles esparcen por todas partes las semillas de esta planta. Los sarmientos trepan por los troncos de los árboles, se entrelazan á los intersticios de las paredes, orlan las ventanas y balcones y festonean los aleros y hasta las chimeneas: parece que no necesitan tierra y sí sólo aire para vegetar. Cuando llega el verano todo se llena de arpaños pámpanos: es una irrupción sólo comparable á la de los girasoles si se permitiera extenderse á esta planta. Desgraciadamente, el producto de aquellas vides es pequeño, insípido y deja mucho que desear.

Pues bien: las cuatro fachadas de la quinta del cortijo están llenas de sarmientos, hojosos en su época, que destacando su verde intenso del blanco enjalbegado de las paredes, las dan un aspecto pintoresco. No es este el único fenómeno del campo del cortijo. Aunque lejos del río y sólo bañado por algunos arroyuelos que bajan de la sierra, el terreno es blando y acuoso, y á esto se debe sin duda su extraordinaria vegetación. Como la sierra, formando una curvatura, aunque lejana, le resguarda de los vientos Sur y Norte, crecen allí los arbustos y plantas más opuestos en inverosímil consorcio, por obra de la naturaleza y por los cuidados de la familia de Criptana, que ha ayudado á aquélla. Y no sólo en el jardín del cortijo, que es una maravilla de frondosidad y de vegetación de todos los climas, se observan estos prodigios de aclimatación, sino que también en todo el extenso campo que pertenece á aquél. Vense allí eucaliptus, cuyos primeros ejemplares causaron la admiración de los cordobeses, palmeras, castaños de Indias, moreras, higueras, acacias, abedules y otros arbustos y plantas, propios de climas calurosos y templados, al lado de encinas, seruales bravíos y helechos, de las zonas frías. El terreno rebosa en grama, y la grama en una flora variada é incalificable; y tiene tal fuerza, que tapiza y borra los senderos y aun los caminos arenosos poco hollados.

Donde hay vegetación hay aves, y por eso puede llamarse á aquel campo la pajarera de Andalucía.

Está en un bajo, entre las primeras derivaciones de la sierra y una serie de alcores que se enlazan entre sí, coronados por un ancho y profundo barranco que sirve de natural desagüe á las inundaciones de la sierra. Las paredes de este barranco y su fondo están formados de pedernal. En las temporadas de lluvia se llena hasta la mitad, pero generalmente permanece seco, y deja ver su suelo lleno de piedras y zarzales arrastrados hasta allí por las torrenteras. Entre las gentes de la localidad es conocido por *barranco de las piedras*.

El cortijo de San Rafael deja poca utilidad á sus dueños. Tiene algunas fanegas de tierra destinadas á naranjal, un rebaño de ovejas no muy numeroso: vende poca leña y menos fruta, reservada para el consumo y regalos de la familia de Criptana. Es, en resumen, una quinta y casa rústica de lujo, pretexto para que vivan en la abundancia algunas familias protegidas por su opulento dueño.

A consecuencia del incidente de la casa de vacas del paseo de las Delicias y del convenio del marqués y Soledad, instalóse ésta en el cortijo de San Rafael á principios de mayo, con su madre, que no tardó en llegar procedente de Coria del Río, con Rosa su doncella y con algunos criados más. Juana de Dios, la vivaracha y desahogada cortijera de los Almenrales, estaba desconocida. Más que los años, habían labrado en ella las penas por la muerte de su marido y de su madre, el presentimiento de que su hija no era feliz, aunque Soledad nunca se quejaba, y la parálisis tenaz que la baldaba de medio cuerpo para

abajo y que habíala envejecido prematuramente. La presencia de su madre proporcionó á Soledad un gran consuelo. La instaló á su lado en el piso bajo de la quinta y la rodeó de cuidados y atenciones. La enferma había traído consigo una antigua criada coriana, dedicada especialmente á su servicio, que la llevaba de una parte á otra en un sillón con ruedas.

Soledad halló admirable el país, mas por lo mismo sintió más su aislamiento. ¡Qué feliz hubiera sido allí con su hija y con... Felicio, aquellos dos pedazos de su corazón! A su hija podría verla algún día: el marqués se lo había prometido, y á pesar de sus defectos, era caballero y cumpliría su palabra.

Pero... ¿y Felicio?

¿Qué habría sido de él? ¿Cómo soportaría su separación, si la soportaba? ¡La amaba tanto! ¡Oh, sí la amaba, en esto no se engañan las mujeres! Cuando la veía palidecía de emoción; cuando ella se agarraba á su brazo sentía los estremecimientos nerviosos de su enamorado. ¡Bien recordaba ella todas estas cosas!

¡Pobre Felicio, tan delicado, tan respetuoso, que abrasado de deseos se contenía en los límites que ella le había impuesto! ¡Qué ingenio, qué sensaciones tan vivas, qué ojos tan tiernos é inteligentes, qué frente tan noble! Sí, los amores de ambos habían sido una predestinación: el niño de Aranjuez debía amarla, y ella... ¿Por qué ella le besó tan intensamente el primer día que se conocieron?

Felicio era tierno, pero impetuoso. Además estaba flagelado por la miseria: habíase obstinado en no recibir nada de ella. Y luego tal vez tenía la monomanía del suicidio, y al verse solo otra vez y al creerse abandonado por ella... Soledad no podía desechar este pensamiento. Encerrada en su cuarto sufría crisis dolorosas, lloraba y se retorció las manos en prolongados espasmos.

Como Felicio en su chiribitil, como todos los hondamente enamorados, ella contemplaba el retrato de aquél. Tenía dos, uno en fotografía que él le había dado; pero prefería el boceto de Aranjuez hecho por su mano: le prefería por pudor de conciencia, porque creía más puro aquel amor á un niño.

Para sobreponerse á aquel amor culpable de intención, trataba de pensar en su hija, pero siempre enlazaba los dos amores de su alma. Recordaba á su hija en Aranjuez sentada en la arena al lado de Felicio: aquellas dos figuras queridas se concatenaban en su imaginación. Tenía remordimientos.

Debió separarse de su amante, mucho más siendo su hija el precio de esta separación, pero había llevado las cosas al extremo. Podía no verle más, ¿por qué no consolarle, hacerle vivir con alguna esperanza, impedir una desgracia?... Pues qué, ¿los hijos lo son todo y nada la humanidad? Sí, le escribiría, sabía sus señas. Una frase, una sola, esta: «Felicio, el deber nos separa, pero te amo.» Sería un consuelo, un rayo de luz para aquella alma oscura y desolada.

Y Soledad, en un ímpetu febril, se sentaba á su mesa, preparaba el papel y... no escribía.

Había dado palabra á su marido de romper toda clase de relaciones con el que la amaba. Además el amor es ingenioso y tenaz: Felicio, teniendo por pista su carta, podía descubrir su retiro, llegar hasta ella, y entonces...

Pero se rectificaba á sí propia.

No faltaba á su palabra más que á medias, puesto que no trataba de reunirse con su amante y sí sólo hacerle sobrellevar la vida. Para desorientarle respecto al paradero de ella, bastaba con mandar á Rosa, de quien podía fiarse en absoluto, á poner su carta en el correo de una población lejos de Andalucía: nada más sencillo.

Y sin embargo, no escribía.

¿Por qué?

Porque la cohibía su conciencia, porque temía á Dios. ¡Oh, sí, le temía! No había llegado á la perfección de Santa Teresa, que sobreponía el amor divino á todos los castigos y recompensas. Soledad temía más que amaba á Dios; su abuela habíala inculcado los temores del infierno, y ella, que era valiente contra el peligro material, se estremecía pensando en la eternidad.

Dios la veía, y ella en las pesadillas de su sueño agitado veía á su hija pálida y severa que le pedía cuentas de su honra y de su amor extraviado. Para acallar sus remordimientos respecto á Felicio se repetía la frase de su marido: «Los amantes jóvenes se consuelan pronto.» ¿Sería así? ¿la habría olvidado Felicio? Y la voz de su corazón le contestaba: «No.»

No hay organización que resista á una pena honda y continua: no es posible separar el espíritu del cuerpo.

Soledad sentía que la abandonaban las fuerzas: ahogos que dificultaban su respiración, escalofríos, tensiones de nervios, vaguedad en la vista. «¿Estaré

enferma del pecho?» se preguntaba; y esta presunción casi la satisfacía. Podría morir pronto, y aquella muerte no la asustaba: moriría sufriendo, como el Señor, y éste la acogería en su seno.

¡Y sola, luchando sola contra tantas incertidumbres, recuerdos y zozobras! A veces tenía arranques de exaltación maternal y escribía á su marido cartas entre furiosas y lastimeras, pidiéndole su hija. En la contestación, algunas veces muy retrasada por causa de los viajes y expediciones venatorias del marqués, éste siempre le decía poco más ó menos lo mismo: «Ten paciencia. Joaquina es inteligente, pero no puede fijar su imaginación; se parece á ti, ó si quieres á los dos. Está atrasada en sus estudios. Por unos meses más no hemos de dejar incompleta su educación. Mas sea como sea, pierde cuidado, pronto la verás, cumpliré mi palabra, no olvides tú las tuyas.»

Soledad tenía á su disposición dos carruajes, cuatro mulas y dos caballos de silla; pero no salía nunca de la quinta y sus alrededores. ¿Qué le importaban los lugares? En todas partes sufría. Trataba de distraerse dibujando la naturaleza pintoresca ó bravía que la rodeaba; pero su vista vacilaba y también su lápiz ó su pincel. Ni una sola vez fué á Córdoba: quería aislarse todo lo posible.

Así pasó diez meses.

Su fuerza física, que íbase aniquilando, influía en su pensamiento, que se embotaba poco á poco. Todo lo veía ó todo lo recordaba á través de una especie de sonambulismo triste.

Había pasado casi todo el invierno, que aquel año fué riguroso hasta en aquella comarca, encerrada en la quinta. Llegó el mes de febrero, y la naturaleza, precoz en Andalucía, empezó á desplegar las primicias de sus galas. Brotaban los botones de los árboles, las margaritas tapizaban los campos que estaban ya enteramente verdes, revolaban algunas mariposas blancas y la cigüeña de la torre del cortijo fabricaba ya su nido.

Rosa hacía labor; ella leía *La azucena en el valle*, el admirable libro de Balzac, en el que se sentía retratada.

Amaneció una mañana espléndida casi calurosa. Rosa, la doncella, más bien la amiga de Soledad, que desde niña la quería entrañablemente y que estaba cada vez más inquieta por el estado de desaliento de su señora, propuso á ésta salir del cortijo á gozar de aquel tiempo admirable.

—Vamos donde quieras, dijo Soledad, que comprendía la buena intención de la cariñosa joven.

Y tomando un libro y Rosa una labor de mano, después de un breve paseo fueron á sentarse á un sitio predilecto. A alguna distancia de la quinta había uno de los muchos bosquecillos esparcidos por aquel campo.

Era grande é intrincado, y la difunta marquesa de Criptana había mandado abrir un claro en su comedío, donde brotaba un abundoso manantial. Hizo que encauzaran el agua y cavasen un estanque, que el jardinero del cortijo rodeó de ninfas y de nenúfares. Se rompieron dos sendas para darle acceso por dos lados, y se colocaron cuatro bancos de madera en derredor del estanque, que luego fueron sustituidos por otros de piedra, porque aquéllos amanecían y solían no anochechar. Son tan frondosos los álamos y castaños de Indias de aquel lugar, *que allí no hay sitio donde el rayo quepa - del sol* - en todo el día ni á ninguna hora. Sentáronse allí Soledad y Rosa, no en los bancos, sino en sillas de alambre que antes había llevado un criado.

¡Pobre Soledad! ¡Nunca hubiera salido del cortijo, nunca hubiera ido allí!

De repente oyeron ruido y chasquidos de tralla, y en un camino que se veía á través de una de las sendas abiertas en el bosquecillo, vieron detenerse un carruaje. Era un coche tirado por cuatro mulas y dos zagales en el pescante. Las mulas llevaban colleras sin campanillas ni cascabeles: quizá el dueño del carruaje era nervioso y le incomodaba el ruido.

Uno de los zagales se había bajado del pescante y esperaba al lado de la portezuela.

Soledad y Rosa, algo sorprendidas, vieron asomarse al hueco del cristal, que estaba bajo, una cabeza cubierta con un sombrero de paja, con un velo verde, muy tupido, echado; luego abrirse la portezuela y bajar una señora que se dirigió hacia el bosquecillo, y por último saltar del carruaje un hermoso perro de Terranova que se puso al lado de su ama y siguió metódicamente su paso.

La señora era alta, gruesa y esbelta al propio tiempo, de aspecto distinguido y de andar seguro y elegante. Acercóse lentamente á Soledad, que estaba algo separada de Rosa, y que al verla llegar se puso en pie, miró á aquélla algunos momentos y luego con voz seca y estridente dijo:

—¿Supongo que no me conoces, Soledad?

— No recuerdo... balbuceó ésta sorprendida de la pregunta y de la familiaridad del tratamiento.

— Pues ahora me conocerás menos, repuso la dama, alzándose el velo con un movimiento que parecía nervioso.

Soledad retrocedió espantada.

Rosa, que había dejado de hacer labor, pero que permanecía sentada, lanzó un grito de estupor y se levantó. Lo primero que se la ocurrió fué que aquello debía ser una broma que se anticipaba al carnaval que estaba cerca. Porque, efectivamente, la cara de aquella señora, vista á cierta distancia, parecía una careta en la que el constructor había reunido todas las monstruosidades. La frente estaba surcada de rayas verdosas y como salpicadas de polvo herpético. En el sitio de las cejas, sin vello, se diseñaban dos protuberancias cárdenas. Los ojos casi desaparecían hundidos en un círculo protuberante también y también verdoso. Las mejillas tenían hendeduras semejantes á agujeros, que recordaban los extraños pintarrajeamientos de los salvajes de la Oceanía, y la boca torcida, deprimida en los extremos y saliente en el centro, sólo era comparable á la de un sapo. Sí, aquella cara parecía una careta, pero lúgubre, terrosa, siniestra, porque carecía de las manchas chillonas de las carantoñas.

Cuando Rosa se convenció de que aquella faz no era una máscara, estuvo á punto de caerse de miedo y de repugnancia. En cuanto á Soledad, estaba extática y como fascinada por aquella visión.

La señora hizo un movimiento que parecía ondulación de culebra, echóse el velo, y con acento que tenía algo de silbido dijo:

— Me has visto y no me has conocido: voy á decirte quién soy.

III

Felicio, casi encaramado ya al remate de la verja del viaducto, se sintió asido por las piernas. Intentó resistir á la fuerza que le atraía hacia abajo, pero no pudiendo conseguir su propósito se dejó caer. A su lado había una persona que la noche y la niebla no dejaban distinguir bien, y casi al mismo tiempo acudieron precipitadamente otras dos, que eran vigilantes del viaducto.

Uno de éstos, viendo á dos hombres parados cerca de la verja, sospechó siniestros designios, y con voz áspera preguntó:

— ¿Qué hacen ustedes aquí?

— Pues nada, no se alarmen ustedes; ha sido una broma. Disputábase sobre la facilidad de poder arrojarse desde el viaducto, no obstante la exquisita vigilancia de ustedes — y recalco estas palabras, — y este amigo quiso probármelo prácticamente; pero de seguro no se hubiera arrojado: no está la noche para airearse.

Los vigilantes, que á la luz de la luna, que aclaraba un tanto la niebla, habían entrevisto un sombrero de copa y un soberbio gabán de pieles, se dieron ó afectaron darse por satisfechos con esta explicación. El caballero que había hablado se despidió de ellos con una ligera inclinación de cabeza, y cogiendo á Felicio del brazo se le llevó hacia la calle Mayor.

El joven, que había pisado el umbral de la muerte, estaba aturdido y se dejó llevar.

A la vuelta de la esquina de dicha calle hay un farol que permitió al caballero examinar rápidamente al que había salvado.

— ¡Pero, hombre!, dijo, ¡tan joven y ya quería usted dar el salto mortal!

Felicio, que ya se había repuesto, replicó:

— La desesperación no tiene edad.

— Es cierto, en todas pican las moscas, pero en la de usted es más fácil espantarlas.

Habían llegado á un café que hay en la esquina del pretil frontero á la iglesia del Sacramento. El caballero miró al pasar á través de los cristales, y no hubo de satisfacerle ó la concurrencia ó lo pequeño del local, pues siguió adelante. Entonces dijo Felicio:

— Aunque ha contrariado usted mi propósito, le agradezco su humanitaria acción, pero valiera más que nos separásemos.

— En estos momentos no puedo complacer á usted, amiguito, pues para eso no me hubiera tomado el trabajo de tirarle de las piernas. Además, si piensa usted en un segundo acto del drama interrumpido, debo advertirle que lo que es por esta noche sería imposible; los vigilantes se quedan escamados.

Indudablemente el desconocido caballero no quería á propósito tomar la cosa por lo trágico y se ex-

presaba en aquel tono ligero, para distraer de sus malos pensamientos á su joven compañero.

— De todos modos, será un aplazamiento que á nada conduce, dijo éste.

— Bueno, pero yo habré salvado mi responsabilidad. Y ¿quién sabe? Puede ser que después que habremos, conduzca á algo.

— Lo dudo, replicó Felicio, y luego repuso: parece que me lleva usted preso.

— De ningún modo, amigo mío. Aprovecho la ocasión de apoyarme en la juventud, que ya lo voy necesitando.

En este diálogo llegaron al café de Platerías. El



... y estuvo atento á los ruidos de la escalera...

caballero entreabrió la puerta é invitó al joven á que entrara, cediéndole el paso. Entraron. El café estaba poco concurrido. Sentáronse á una mesa del fondo y el caballero llamó. El mozo que acudió era precisamente el mismo que había servido á Felicio algunas horas antes, y seguramente al verle volver acompañado, supuso que había encontrado al que esperaba anteriormente.

— Si tomásemos un ponche bien cargado de ron nos vendría de perlas. ¿No le parece á usted?, dijo el caballero dirigiéndose á Felicio.

Éste no contestó.

— Pues un ponche bien caliente y cargado, mandó al camarero.

Entonces los dos nuevos conocidos pudieron examinarse mutuamente, aunque con la discreción de personas bien educadas. El caballero era un hombre de edad proveya, guapo todavía, de largas patillas grises y de aspecto sumamente distinguido. Habíase desabrochado el gabán, y Felicio pudo ver que iba vestido de etiqueta: corbata blanca, chaleco negro escotado y camisa irreprochable. Sabemos que el joven poeta era muy simpático, guapo, demasiado guapo para hombre, y naturalmente elegante. Todas estas cualidades fueron notadas instantáneamente por el desconocido caballero, así como también la expresión franca é inteligente del ex suicida. En resumen, se agradaron mutuamente.

El mozo trajo el ponche. El caballero llenó el vaso de Felicio y el suyo, y luego le hizo estas preguntas á quemarropa:

— ¿Está usted enamorado?

— ... No, contestó el joven.

— ¿Padece usted alguna enfermedad crónica, dolorosa?

— Ninguna.

— Pues entonces, ¿por qué diablos quería usted estrellarse?

Felicio no contestó.

— A la edad de usted, sólo en estos dos casos comprendo el suicidio, prosiguió diciendo el caballero. Me parece que es usted pobre; pero esta es una razón de más para procurar dejar de serlo, teniendo tantos años para conseguirlo.

El joven no contestó. Tomaba el ponche poco á poco y fumaba un magnífico habano que le había dado su compañero.

— Vamos á ver, prosiguió éste, y perdóneme tantas preguntas en gracia á la buena intención y á las excepcionales circunstancias en que nos hemos conocido. Por lo menos se deduce lo más. ¿De qué vive usted; en qué se ocupa, si se ocupa en algo? ¿Tiene usted familia?

— Estoy solo en el mundo. Vivo con siete reales diarios, producto de un capital de dos mil quinientos duros, y estoy ocioso porque no sirvo para nada.

— ¿Ni siquiera para haberse gastado ese capital?, preguntó el caballero, á quien de seguro contrariaba al encontrar al joven pequeño de espíritu.

— ¡Oh! En cuanto á eso no he podido hacerlo. Tengo un administrador con omnímodas facultades, que me lo impide.

— ¡Ya!, dijo el caballero, mirando por segunda vez el reloj (sin cadena, por supuesto) que había sacado del bolsillo.

Luego añadió:

— ¿Y á consecuencia de esa soledad, y de lo... exiguo de esa renta, se le ha acabado á usted la paciencia?

— Sí, contestó Felicio, que con nadie y menos con un desconocido quería franquearse.

— Pues bueno, amigo mío, dijo el caballero. Oiga usted. Tengo prisa. Me precio de ser uno de los pocos españoles exactos á las citas; tengo una para las once y media, y van á dar las doce. Esta vez me doy por satisfecho del retardo. Voy á pedir á usted un favor...

Luego, viendo que Felicio callaba, prosiguió diciendo:

— Supongo que no persistirá usted en su mal propósito: esas cosas sólo se intentan una vez; mas por si acaso, le ruego á usted que nos veamos mañana. ¿Accede usted á mis deseos?

— Para qué, señor, contestó el joven conmovido por aquel generoso interés.

— Eso es cuenta mía. Un día pronto se pasa. Si más despacio no logro traer á usted al buen camino, usted después puede seguir el que quiera. ¿Quedamos convenidos?

Felicio vaciló, luego dijo:

— No puedo negarme: sería una mala acción, y me precio de no haber cometido ninguna.

— Pues no hay más que hablar. Mañana á las doce le espero á usted en mi casa: almorzaremos juntos... Aquí tiene usted mi tarjeta.

Dió una á Felicio, que á su vez le entregó una suya, llamó al mozo y le alargó una moneda de cinco duros para que se cobrara. Se guardó la vuelta en el bolsillo lentamente, no atreviéndose á ofrecer dinero al joven; se abrochó el gabán y salió del café de prisa.

Felicio hizo lo propio algunos minutos después. Había leído la tarjeta que le dió el simpático caballero; en ella decía: «Marqués de Criptana. Plaza de las Salesas, 7.»

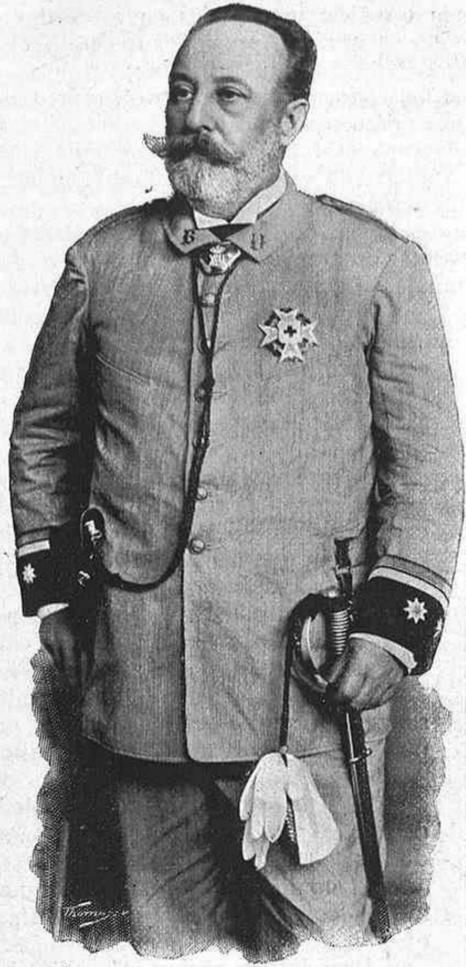
Así se engranan los destinos humanos: el marido de Soledad había salvado al amante que iba á morir por ella.

El marqués había ido en un coche de plaza á la de las Vistillas, á casa de la duquesa de O... Mandó al cochero que esperase; pero cuando salió vió con sorpresa que éste se había marchado. Estos casos son frecuentes: hay cocheros *perturbados* y hay personas que toman un coche por otro ¡Misterios de la suerte!

El marqués atravesó el viaducto, proponiéndose tomar un carruaje en la calle Mayor. Llegó á tiempo para evitar una desgracia: tal vez hubiera valido más que hubiese llegado tarde.

Felicio volvió á su casa, pasó una noche como puede figurarse el lector; se levantó temprano, tomó con sus vecinas chocolate *fiado*, porque amaneció sin un céntimo; vistióse, y estuvo atento á los ruidos de la escalera, esperando á Juana la vaquera, que debía venir á entregar la carta que la había dado el día anterior para la señora Damiana. Entretuvo el tiempo contemplando el retrato de Soledad, hasta que llegara la hora de almorzar con el marido de ésta. ¡Teji-dos de la vida!

(Continuará)



D. CELESTINO BLANCH,  
comandante del batallón de voluntarios urbano de la Habana



D. N. DÍAZ,  
comandante del batallón de voluntarios urbano de la Habana



D. RAMÓN ARGÜELLES,  
coronel del batallón de voluntarios urbano de la Habana



HABANA. - BENDICIÓN DE LA BANDERA DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS URBANO DE LA HABANA, costeada por suscripción entre los productores y exportadores de Cataluña  
(Las fotografías de esta plana y siguiente han sido remitidas por los Sres. Otero y Colominas, de la Habana)

**EL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS URBANO DE LA HABANA**

El día 24 de mayo último celebróse en la Habana la solemne ceremonia de la bendición de la bandera del batallón de voluntarios urbano de aquella capital, bandera costeadada con el



D. N. SAN ROMÁN, teniente coronel del batallón de voluntarios urbano de la Habana

producto de una suscripción abierta entre los productores y exportadores de Cataluña, quienes quisieron de esta suerte dar público testimonio de su afecto y admiración hacia los que, renunciando á las comodidades que su posición les consiente y sometiendo á deberes que ninguna ley escrita les impone, se unen, se arman y aperciben á toda suerte de sacrificios, movidos tan sólo por la sacrosanta ley del amor á la madre patria.

Mejor que pudiéramos decirlo nosotros, el siguiente párrafo del mensaje de los productores expresa clara y elocuentemente los móviles que les han impulsado á regalar la bandera al batallón urbano:

«En ocasión no lejana ofrecimos á los nobles hijos de Cuba, á fuer de hermanos, nuestro concurso leal para combatir á comunes enemigos. Hoy que pelagra la integridad misma del territorio, y obediendo á los generosos impulsos de un patriotismo nunca bastante alabado, empuñáis las armas; sacrificáis vuestra fortuna, que representa existencias enteras consagradas al trabajo; os disponéis á inmolard vuestra vida, solicitada por los dulces afectos de familia, en aras de esta patria, tanto más querida cuanto más desgraciada, los productores y exportadores de Cataluña os mandamos como emblema de confraternidad una bandera, elaborada ex profeso en nuestros talleres con cariño y esmero, para que os señale gloriosa el camino de la victoria.»

La bandera, producto de la industria catalana, que constituye una verdadera obra de arte, es reglamentaria, confeccionada con un tejido de seda especial fabricado ex profeso por el Sr. Malvehy. Tiene bordado á dos caras en sedas de colores el escudo de España y el lema «Voluntarios de Cuba—Batallón urbano de la Habana.» El asta es de majagua (madera cubana), con lanza, contera y abrazadera de plata cincelada, sobredorada y con catorce granates de gran tamaño en el centro y en el nacimiento de la lanza. La corbata es del mismo tejido, con los colores nacionales, bordadas sus ocho caras con los escudos de España y de la Habana, siendo los flecos dobles de

oro fino, así como las borlas, que además ostentan ricos sobrepuestos bordados. Es de un trabajo superior el portabandera, construido de terciopelo morado y que tiene bordado en relieve con oro fino un entorchado de hojas de roble. El hebillaje es de plata cincelada y dorada, lo propio que los botones de armas sobrepuestos.

La bandera va colocada en un estuche de caoba tallada y barnizada con el fondo oro y de dibujo notabilísimo. Las cerraduras, adornos, asas, escudos é inscripciones son de plata cincelada, pulida ó mate, y las aplicaciones de plata, con sobrefondos de concha, figurando en ellas los escudos de España, Habana y Cataluña. En el interior del estuche se lee una inscripción que dice: «Al batallón de voluntarios urbano de la Habana los productores y exportadores de Cataluña.» Dentro del estuche, en sitio no visible, van una funda de campaña para la bandera, de gutapercha forrada de tela y puntera de cuero forrada de chagrin negro, y otra funda para la lanza, imitación de piel de Rusia forrada de gamuza: la del portabandera es de la misma piel con botones de armas dorados al fuego.

La ceremonia de la bendición de la bandera, que reproduce el grabado de la página anterior, resultó una fiesta patriótica y brillante: dió la bendición el obispo de la Habana, y el acto fué presidido, en representación de S. M. la Reina Regente, por la Excm. Sra. condesa de Buenavista, cuyo retrato publicamos en la página 490 del presente número.

También publicamos los retratos del Excmo. Sr. D. Ramón Argüelles, del Sr. San Román, de D. Celestino Blanch, y del Sr. Díaz, coronel, teniente coronel y comandantes respectivamente del batallón de voluntarios, y el de D. Carlos Carrió, representante en la Habana de la Liga de Productores del Principado de Cataluña.

No tenemos datos biográficos más que de los Sres. Argüelles y Blanch, y por esta razón sólo de ellos podemos ocuparnos detalladamente. De los demás señores citados, únicamente sabemos que son personalidades importantísimas del comercio de la Habana.

El Excmo. Sr. D. Ramón Argüelles, opulento comerciante habanero cuyo nombre es conocido, no sólo en la isla y en España, sino en toda Europa y América, fué á Cuba en 1848, siendo muy joven, y se asoció con su hermano, reputado comerciante en el giro de Tabacos, de quien se separó en 1868, estableciéndose por su cuenta. En 1872, por muerte de su hermano y como heredero único de éste, hubo de encargarse de la casa, dejando desde entonces el giro del tabaco y dedicándose al comercio y á la banca. En 1869 perteneció al 7.º batallón de voluntarios, á cuya formación cooperó eficazmente, pasando después al 4.º como teniente; en 1874, y con el mismo grado, entró á formar parte de los Guías del Capitán general. El cuidado de su salud obligó á pasar una temporada en Europa, pero no tardó en regresar á la isla. Ha sido presidente de la compañía del ferrocarril de la Caibarién, á la que salvó fusionándola con la de vía estrecha, y de la del ferrocarril de la Habana: después de la fusión de ésta con la de Bahía fué elevado por unanimidad de votos á la presidencia de los Ferrocarriles Unidos, Almacenes de Regla y Banco del Comercio de la Habana. Hace cinco años que desempeña también la presidencia de la compañía ferrocarrilera de Cienfuegos. Fué ocho años consejero del Banco Español, es jefe superior de Administración, jefe interino del partido de la Unión Constitucional y coronel primer jefe del batallón urbano. Goza de generales simpatías en toda la isla de Cuba, porque, además de su talento y probidad mercantiles, es un correctísimo caballero y persona de sentimientos altamente patrióticos y humanitarios.

D. Celestino Blanch es una personalidad ilustre en el mundo de los negocios y en el de las letras: hijo de Barcelona, trasladóse en los primeros años de su juventud á Cuba, consagrándose al comercio y á la literatura. Su talento y su probidad comerciales le han proporcionado una posición desahogada; sus dotes de escritor hanle conquistado envidiable renombre. En la Cámara de Comercio y en la sindicatura del gremio de comerciantes ha prestado valiosos servicios á sus colegas y á la Administración pública; en la prensa periódica política y literaria ha hecho admirables campañas en pro de ideales justos y de levantadas aspiraciones, mostrándose siempre el amante entusiasta de su patria. Sus luminosos informes mercantiles han servido más de una vez de base para mejorar los negocios públicos y garantizar los ingresos del Erario; sus *Comentarios á la Historia de Cataluña*, de D. Víctor Balaguer, se consideran como complemento necesario á la monumental obra del ilustre poeta, y la multitud de artículos suyos que se han publicado en periódicos, ilustraciones y revistas demuestran su fecundidad asombrosa, su imaginación robusta, su erudición vasta y sana y su gusto eminentemente clásico.

A pesar de sus ideas propias y de sus convicciones arraigadas y de haber sido muy solicitado, nunca ha querido ingresar en un partido político, no obstante lo cual ha ejercido valiosa influencia.

El célebre y malogrado poeta Sr. Díaz Gaviño ha escrito lo siguiente refiriéndose al Sr. Blanch: «Me dicen que es un comerciante honrado, sagaz, previsor y concienzudo. Yo, pese á estas altas cualidades comerciales, deploro, cada vez que logro saborear alguna producción de su pluma, que no sea escritor de *oficio*, es decir, con obligación de escribir. Y es que tengo por evidente que así como en reuniones, juntas, centros y otras manifestaciones brilla siempre el Sr. Blanch—pese á su modestia rayana en monomanía—con el fulgor de los astros de primera magnitud, en literatura sería uno de los primeros escritores modernos por la profundidad y trascendencia del fondo y por el ropaje deslumbrador con que sabe engalanarle.»

A su esfuerzo, constancia y patriotismo se debe la formación del batallón urbano, del cual es tercer comandante contra su voluntad, pues por su gusto ocuparía en las filas el puesto de



D. CARLOS CARRIÓ, individuo del batallón de voluntarios urbano de la Habana y representante de la Liga de Productores de Barcelona

soldado: en el Sr. Blanch, como en todos los hombres de verdadera valía, el mérito es compañero inseparable de la más extremada modestia.

Tenemos verdadera satisfacción en repetir al final de estos apuntes biográficos que las fotografías que publicamos nos han sido remitidas por los Sres. Otero y Colominas, de la Habana, á quienes una vez más agradecemos de todas veras las muchas atenciones que á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA vienen dispensando.

**UNGÜENTO ROJO MÉRÉ**  
DE CHANTILLY  
**CURACIÓN SIN TRAZAS**  
DE LAS ENFERMEDADES DE LAS  
PIERNAS DE LOS CABALLOS  
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

Extrac. 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
CANDES et Co. B-St-Denis-148

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**  
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm., 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT**  
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias  
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

BREVE TRATADO DE GEOGRAFÍA POLÍTICO-ADMINISTRATIVO-MILITAR DE LA ISLA DE CUBA, por *Antonio Jiménez Infante*. — El oficial primero de Administración Militar D. Agustín Badué dice en el prólogo de este libro: «El libro que me ocupa está pensado con detenimiento y provechoso estudio; el método en él empleado es el más comprensible y el más lógico de los que suelen verse en obras de igual clase, y los datos administrativo-militares aportados y reunidos, quizás por vez primera, son de una utilidad incontestable que han de reconocer, seguramente, cuantos tengan el buen acuerdo de hojearlos.» Después de examinar la obra del Sr. Jiménez Infante, hacemos nuestros los conceptos vertidos por el prologuista, pues entendemos que en ella se encuentran todas las noticias necesarias, dentro de los límites de la brevedad que en la misma preside, para conocer en sus aspectos político, administrativo y militar la isla de Cuba. Para mejor facilitar el estudio de las materias en el libro contenidas, lleva éste seis excelentes mapas de gran tamaño de las provincias en que está dividida la isla, dibujados por el mismo autor. Por todas estas circunstancias y por el interés particular que al presente inspira cuanto se refiere á Cuba, estimamos recomendable esta obra de verdadera actualidad que, impresa en la Habana en la imprenta de «El Figaro», se vende en el Salón del Heraldo de Madrid al precio de dos pesetas.

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES Á 1895, COMPARADO CON 1894. — La Dirección de Estadística general de la República Oriental del Uruguay merece ser citada como modelo entre los centros administrativos de su clase: que esta afirmación no es gratuita demuéstranlo los notabilísimos trabajos que continuamente viene publicando y de los cuales nos hemos ocupado varias veces en esta misma sección. Ultimamente y siguiendo la laudable costumbre establecida de anticipar al Anuario Estadístico el conocimiento de los datos demostrativos de los principales movimientos que se operan en aquella República, ha dado á la publicidad los cuadros estadísticos del comercio exterior y movimiento de navegación correspondientes á 1895, comparado con 1894. Estos cuadros están trazados con perfecto método y contienen los detalles más minuciosos refe-



EL PENSAMIENTO, escultura de Gustavo Michel  
(Premiada con medalla de honor en el Salón de los Campos Elíseos de París. 1896)

rentes á todo cuanto con el movimiento mercantil se relaciona y van expuestos con suma claridad.

APUNTES PARA UN PROYECTO DE REGLAMENTO DE LA CARRERA DIPLOMÁTICA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, por *Baldomero García Sagastume*. — Inspirándose en las necesidades que ha de llenar la carrera diplomática bien organizada y teniendo en cuenta los inconvenientes con que aquella lucha hoy en la República Argentina, el Secretario de 1.ª clase, D. Baldomero García Sagastume, ha publicado un proyecto de reglamento que en nuestro sentir responde por completo al objetivo que se ha propuesto su autor, quien para la redacción del mismo ha consultado las principales obras de derecho internacional y las leyes orgánicas de algunos Estados europeos y americanos. El libro ha sido impreso en Lima, imprenta de Torres Aguirre, Mercaderes, 150.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO (NOTAS CIENTÍFICAS), por *Rafael Puig y Valls*. — Completamente satisfechas pueden estar las corporaciones que confiaron su representación en la Exposición Colombina de Chicago al ilustrado ingeniero D. Rafael Puig y Valls. Hace poco nos ocupamos en esta misma sección del libro dedicado por dicho señor al Fomento del Trabajo nacional, que elogiamos como se merece: hoy, con motivo de la publicación de la memoria escrita para la Excm. Diputación Provincial de Barcelona, habremos de reproducir los elogios que entonces le dirigimos, cumpliendo, no un acto de galantería, sino de estricta justicia. Esta memoria, que forma un tomo de 274 páginas, contiene: Crónica de la Exposición, La Arquitectura y la Construcción, España en Chicago, Manufacturas, Electricidad, Maquinaria, Meteorología y la Viti-vinicultura en California. De cada una de estas materias hace el Sr. Puig y Valls un estudio acabado, abundante en datos de gran valía y en observaciones inestimables, fruto de sus conocimientos científicos, de su espíritu analizador y de su sentido práctico. Muchas más alabanzas habríamos de dirigir al libro, que por otra parte merece examen más detenido del que esta sección consiente; pero creemos inútil extendernos más en el sentido laudatorio, porque ello resulta innecesario tratándose de tal autor y de un asunto que tan por entero domina: nos limitaremos, por consiguiente, á felicitar muy sinceramente al Sr. Puig y Valls y á la Excm. Diputación de Barcelona por la redacción y publicación de esta memoria, que ha sido elegantemente impresa en la tipografía de la Casa Provincial de Caridad.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FRANK DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**  
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.  
(Rótulo adjunto en 4 colores)  
PARIS: Farmacia LEROY  
Y en todas las Farmacias.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnias, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE**  
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS  
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.  
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.  
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm<sup>o</sup>, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

**PAPEL WLINS**  
Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Selne.

**REMEDIO de ABISINIA EXIBARD**  
En Polvos y Cigarrillos Alivia y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION  
**ASMA**  
y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.  
25 años de éxito, Med. Oro y Plata  
J. FERRÉ y C<sup>ia</sup>, Fcoo, 102, R. Richelieu, Paris

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN